COMO A VECES
LA VIDA DE *Vicente Quirarte*

LA CRUZ DEL SUR • ANTOLOGÍAS • PRE-TEXTOS

Vicente Quirarte (Ciudad de México, 1954) ha publicado libros de poesía, ensayo, crónica y narrativa. Sus títulos más recientes son *Vergüenza de los héroes*, *La ciudad como cuerpo* y *El peatón es asunto de la lluvia. Como a veces la vida* reúne poemas de varias épocas, en los cuales es posible apreciar, anota Darío Jaramillo Agudelo en su prólogo, «los temas por excelencia de la indagación poética: el origen, que es también la muerte, el amor, las calles, la poesía misma, los mitos... Aun con lo apolíneo que es, Vicente Qirarte ha quemado sus naves por la embriaguez de la poesía; aun con lo dionisiaco, el poeta vive la poesía como una ascética, como una iniciación, como un deber».

BAJO EL PATROCINIO DE
SARA GIRRI
Y JORGE GALLARDO

BUENOS AIRES

VICENTE QUIRARTE

COMO A VECES LA VIDA

Prólogo de Darío Jaramillo Agudelo

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • ANTOLOGÍAS • PRE-TEXTOS

MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2000

© del prólogo: Darío Jaramillo Agudelo, 2000
© Vicente Quirarte, 2000
© PRE-TEXTOS
LUIS SANTÁNGEL, 10 • 46005 VALENCIA

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Ramón Gaya

IMPRESIÓN: Artegraf, S.A.
TIPÓGRAFOS: Alfonso Meléndez y *

ISBN: 84-8191-326-X
DEPÓSITO LEGAL: M-41.182-2000

Prólogo

Como a veces la vida incluye poemas de todos los libros publicados por Vicente Quirarte. Olvidando el orden cronológico, en esta antología el poeta ha reordenado los textos por temas que resultan ser los mismos, por excelencia, de la indagación poética: el origen, que es también la muerte, el amor, las calles, la poesía misma, los mitos. Agrupaciones que, con certeza, no han sido definidas *a priori* sino que son las resultantes naturales de una poesía que, constante, siempre ha persistido en la más despiadada visión del mundo, de la vida, del propio corazón.

Esta reordenación privilegia la lectura pues los poemas se galvanizan, y la cercanía de uno modifica la lectura del otro, de algún modo la enriquece y, en todo caso, permite seguir, edificar y demoler interminablemente la línea temática de ésta que, como toda buena poesía, dice cosas nuevas sobre los más antiguos e inacabables temas.

Como devoto lector de la poesía de Vicente Quirarte, acaso traicionando esa misma devoción –que, para serlo, ante todo debe ser muda– trato de descifrar el mecanismo íntimo que logra combinar la finura con el desgarramiento, la embriaguez con la precisión de cada imagen, de cada palabra, el estupor ante los misterios con esa música tenue y cons-

tante, de bajo continuo, que le confiere en esta poesía una tan armónica arquitectura al torrente emocional que trasmite. En otras palabras, ¿qué hace que esta poesía esté tan delicada, tan finamente construida y que lo que nos dice sea desgarrado, pasional, empecinadamente sincero? Ante todo hay un taller, un distanciamiento baudeleriano entre las expresiones espontáneas en el momento de la alteración de la temperatura emocional y la elaboración verbal de la emoción misma, lo que es revivirla, mirarse en su espejo, mirarse dos veces –una como el que vive, otra como el que nombra–, distanciarse sin perder la chispa de haber estado cerca. "El buen poema se come frío", dice Jaime Jaramillo Escobar y tal hace, con sabiduría, el poeta de Ciudad de México.

Busco la poesía que me brinde revelaciones o preguntas nuevas, palabras que me ayuden a vivir o a conocerme, estremecimientos. Todo esto sólo se encuentra en poetas que dominan el instrumento verbal. Y que lo ponen al servicio de su capacidad de nombrar las reverberaciones de lo trascendente. Apolínea, la poesía de Quirarte es la de un virtuoso que no se regodea en su virtuosismo, que habla quedamente, en susurros, que parece, poniendo un ejemplo desde el título, *Como a veces la vida*. Apolínea en la impecable, en la hermosa ejecución. Y, a la vez, dionisiaca en el ímpetu, en la intensidad de los goces y dolores del individuo que escribe y que se comparte por la precisión y el ritmo –libre y frecuentemente apoyado en endecasílabos– de sus palabras: música secreta. Medido en la precisa expresión y desborda-

do en sus pasiones, contradictorio, por eso mismo pletórico de vida, ángel con tentaciones de demonio o, da lo mismo, demonio con vocación de ángel:

Ahuyenta la razón.
conjura al corazón
su vuelo en llama,
sus pájaros a pique.
El ángel es vampiro.

La primera parte de este libro –"Tribu"– en principio referida al origen, sin solución de continuidad cierra el círculo en la elegía: en "Conjunto de lesiones" están los hechos escuetos que el poeta nos cuenta como quien tan sólo insinúa un simbolismo:

Yo compré mi primera cámara
el 13 de marzo de 1980,
la misma mañana en que firmaste *Martín Quirarte*
en la lista de asistencia
de la Facultad de Filosofía y Letras
donde diste tu clase. A la salida
te tiraste de un puente [...].

Trozado, enfrente del "inútil trabajo del incendio a la mitad del bosque", el poeta comienza por escenificar su "regreso a la ciudad monstruosa donde ya no esperas mi retorno" en una de las más lúcidas elegías de la poesía con-

temporánea en nuestra lengua, "Razones del samurai", una serie a la vez desgarrada y tierna, como si la serenidad y la tristeza infinita convivieran en las mismas palabras, en los mismos instantes, un monólogo donde no se eleva la voz, dicho con aplomo, con el "valeroso miedo de ser débil", que el poeta atribuye al hermano. Es, también, un casi diálogo, un monólogo con vocativos al padre:

¿Qué pensaste –carajo– ,qué sentiste,
al volar por segundos, convencido
de que abajo la red no te esperaba?

La pregunta sin respuesta posible se prolonga en la expresión mesurada del desmesurado dolor y remata con un hálito de esperanza:

Poco a poco te irás, como se borra
el olor del amor bajo las aguas.
Nadie se queda en el recuerdo.
La mejor de las formas de guardarte
es respirar a puños este aire
encendido de luces y muchachas,
vacaciones, jardines, desencuentros
que nos dejan, con sed, en el preludio.

Del ámbito familiar trata la primera parte de este libro, allí donde la naturaleza nos ha dado los privilegios de la vida y de la muerte, ese ámbito familiar del que otros antepasa-

dos hacen parte, como el abuelo o la madre –"Mamá se llama Luz, / desnuda de María, / Luz poderosa y blanca y siempre niña"– y donde hay oscuras fraternidades como la que existe con el arrayán del patio de la casa de la abuela.

El amor se celebra. Como la elegía, también el canto amoroso de Quirarte se caracteriza por esa limpieza y por una especie de expresión desprevenida que se insinúa ya desde el título, pero siempre con precisión, capturando la palabra exacta que reproduce el clima de la emoción del poema. En "Mar abierto" esa insinuación subyace a la correspondencia entre el marino y el amante. Rescatando categorías retóricas de la poesía barroca, el poeta mediatiza la pasión a través de una metáfora que se sostiene a lo largo de todo el texto sin ningún regodeo por la imagen:

Campanario en mitad del maremoto,
Perfume de la rosa de los vientos,
Señora de los piratas condenados,
Pitonisa de brújulas y cartas,
Hada de los salmones peregrinos,
no me salves no pidas no renuncies
a dejarme en la gloria de perderme [...].

Con gracia idéntica, el "Preludio para desnudar a una mujer" –"que esté, de preferencia muy vestida"– es, merecidamente, uno de los poemas más antologados de Quirarte, pero la intensa sensualidad que caracteriza su narración aparece también en otros poemas de este poeta. Dice en el "Preludio":

Acaríciala encima: su vestido
es la piel que ha elegido para darte.

El apartado relativo al amor –"Incendios"– contiene un libro completo, "El cuaderno de Aníbal Egea". Como el Julián Hernández de José Emilio Pacheco, como el Blas Coll y el sonetista Tomás Linden de Eugenio Montejo, como el Mardonio Sinta de Francisco Hernández, así el incorpóreo Aníbal Egea, natural de Barranquilla, Colombia, se vale de la mano de Vicente Quirarte para que escriba ese hermoso tratado que se divide, como el signo de una fatalidad, en tres partes –"Separación", "Iniciación", "Retorno"–, un sensitivo y profundo conjunto de textos sobre el amor. Allí la anécdota se torna en aforismo y éste en vértigo verbal: "Claro que duele el alma. Cuando amamos está más cerca que nunca de la carne". La versión del amor de Egea tiene la crueldad y la ternura de quien ha amado y en su cuaderno están las palabras que mejor definen a Quirarte y a su poesía:

No doblarme jamás. Antes romperme. Hay quienes llaman sabio a quien camina a solas, con un terco paraguas que no cierra, mientras el sol inunda la mañana.

"Si los usuarios de una ciudad, sus signos, sus parques públicos, sus comportamientos peculiares constituimos su poética, el escritor es su cartógrafo emotivo." Tal escribe Vicente Quirarte en la introducción a "Elogio de la calle" (una geografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992),

un exhaustivo, formidable y delicioso recuento de lo que han dicho los escritores de su ciudad, "una biografía interior de la Ciudad de México, una geografía literaria que permite trazar coordenadas para movernos por ella y comprender a plenitud el mensaje de sus fantasmas".

La ciudad, pues, ha sido tema central de la prosa de Quirarte, desde el punto de vista del ensayo académico y también en un hermoso y breve libro sin género –¿prosas breves, ensayos en el más químicamente puro sentido a lo Montaigne?–, *Enseres para sobrevivir en la ciudad*, donde comienza por repasar los objetos cotidianos, el lápiz, la pluma fuente, el portapapeles, la gabardina, y termina en una entrañable memoria, casi un recorrido en la ciudad que conoce como la palma de su mano.

"Cartógrafo emotivo", también el poeta Quirarte se ha ocupado de la ciudad. Su último libro así lo denota, *El peatón es asunto de la lluvia*, y la cuarta parte de esta antología –"Calles"–, nos trae ciudades diversas, cines de barrio, calles de la amada México, jaboncito de hotel, la visión de la muchacha de al lado, trenes y estaciones y hoteles, el mundo circundante, que es decir el ruido, se convierte en rumor de palabras, tránsito de lo cotidiano a la epifanía:

Andar bajo la lluvia
sin buscarle palabras a ese acto
y empaparse hasta el alma,
y empaparse.

"Vencer a la blancura" es el poema que abre la quinta parte de *Como a veces la vida* titulada "Mester"–, que es acerca de la poesía. Se trata de un poema temprano –es el título de su primer libro– donde sorprende la ambición del tono, la firmeza de la voz, la agudeza de las imágenes –"muchacha es el adjetivo de muchacha"– y donde la primera persona está o en un barco o en una mesa ante el mar en Veracruz y monologa con un toque de dureza sobre el destino humano, el eterno comencé y recomencé:

Que nadie se engañe:
el barco está empezando a hundirse.
Los marineros duermen borrachos en cubierta,
los astilleros están abandonados
y los bosques desnudos.
No hay estación más justa.
Arriba las jarcias, camaradas,
habremos de combatir vientos contrarios
y salir otra vez al mar abierto,
aunque no pueda vencer a la blancura,
aunque no pueda vencer,
aunque no pueda.

Con Moby Dick en el trasfondo simbólico o como simple travesía como barquero –en "Ritual de paso"– el agua, la navegación son persistentes recurrencias analógicas para referirse al humano destino, también al amor y a la poesía:

No eres la sabiduría pero conduces a ella.
No eres la locura pero sabes
imantar las agujas hacia su norte erecto
y reordenar el mundo en tus corrientes.
No eres el abismo: nos conduces
al palmo de tierra anterior al vacío.
No eres la felicidad pero tus siervos
encuentran la indescifrable dicha al procurarte.

Tres poemas componen la última parte de esta antología. "Spiderman blues" una entrañable y despiadada –"la soledad es músculo del alma"– memoria de la pubertad; "El ángel es vampiro", una serie que puede leerse en clave de amor o en clave de poesía, y "Bahía Magdalena", un poema narrativo en prosa donde el poeta deja el testimonio de un lugar "donde las realidades son superiores a los sueños", la llegada anual de las ballenas grises a Baja California.

Aun con lo apolíneo que es, Vicente Quirarte ha quemado sus naves por la embriaguez de la poesía; aun con lo dionisiaco, el poeta vive la poesía como una ascética, como una iniciación, como un deber:

Lento el poema nace en una mesa,
potro de tortura en el que nadie sabe
si el poeta o la palabra es el verdugo.

El resultado, en términos de mi experiencia de lector, es mi crecimiento íntimo por el conocimiento del alma huma-

na –de mi alma, del alma del hermano, del vecino, del desconocido–, que logro discernir por virtud de la insobornable sinceridad de quien se entregó al vampiro alucinado del verbo poético y de la sabiduría que posee para conseguir la diáfana exactitud de nombrar "el palmo de tierra anterior al vacío".

DARÍO JARAMILLO AGUDELO
16 de Julio de *2000, Bogotá.*

COMO A VECES LA VIDA

A la memoria de mi hermano Ignacio
(1951-1998)

Tribu

RETRATO

HIZO lo que todos los hombres: noventa y nueve veces entró por la salida, y la centésima se equivocó de puerta. Probó del fruto amargo en tiempos de dulzura, pero abordó cuantos trenes le salieron al paso. Durante cuarenta días navegó a bordo de un carguero italiano donde aprendió a odiar los *spaghetti* y leyó las páginas del *Ulises criollo* con la misma pasión con que, niño todavía, descubrió la conquista de las rutas oceánicas. Le gustaban la birria y el vino de Bordeaux; recibió varias veces la caricia del café con leche. Una de ellas, en medio del frío londinense, supo que era feliz mientras alguien le hablaba de Thomas de Quincey y su búsqueda inútil en la niebla. Tal vez porque leía sobre las cargas de los chinacos, la fusilería del 2 de abril en Puebla, el atronar de los cañones en Calpulalpan, sus oídos eran sordos a la música. Pero amó la poesía, caminó por Nueva York y tras una postal del puente de Brooklin escribió a su hijo Ignacio sobre su encuentro con un gigante que le dijo: "Me llamo Walt y mi apellido es Whitman". Creyó en las canciones de Edith Piaf, en las novelas de Flaubert, en Marylin Monroe, en los libros de viajes, en una prostituta de la rue Blondel, en cargadores y teporochos ~~de La~~ Lagunilla

que le prometían: "Le pago mañana". Alguna noche, en un restaurante de Saint Dennis cenó junto a un ex combatiente de la Segunda Guerra: él pensaba en otro campo de batalla; la hoja blanca poco a poco poblada de edificios, ventanas, corredores. Con la primera anfetamina de la jornada sabía que aunque el amor a veces nos engañe, la luz nunca traiciona a quien la busca. Creyó –cuando no llegaban, puntuales, sus fantasmas– que una página limpia es un cuerpo dispuesto a la entrega, un barco a punto de ser tomado por asalto, un trago de coñac bajo la lluvia. Acompañó a sus héroes en luchas sin objeto y, merced a la máquina del tiempo que llamamos Historia, viajó por todas las edades y todos los espacios. Hizo lo que todos los hombres. *Vivió, escribió y amó*. Tuvo cinco hijos y yo fui el segundo.

RAZONES DEL SAMURAI

Para mi madre y mis hermanos

NADA que no tuviera
el antiguo sabor de la derrota:
el inútil trabajo del incendio
a la mitad del bosque;
la cólera tejida de la espuma
–corona, un solo instante,
del encaje del mar sobre la roca–,
espejo aliado fue de sus acciones.

Por eso sus victorias
tuvieron el estrépito
de lo que nace próximo al desastre:
el idiota que atreve un "yo deseo",
la luvia que se viene en el verano
para encender la sed con más violencia,
de la niñez el vuelo interrumpido
cuando la fiesta apenas comenzaba.

I

A las tres de la tarde
de aquel trece de marzo,
la voz de mi hermano Ignacio en el teléfono:
"¿Puedes regresar?"
Y yo que quería contarle
del alba en California,
del cartel de la ballena jorobada
–cuarenta toneladas de energía
saltando en algún lugar de Alaska–;
del libro sobre la ballena *spermacetti*,
la Moby Dick que acometió al *Pequod*
y echó a pique los sueños
de su capitán alucinado;
del café que estrenaba las mañanas
con su campana oscura;
de las rubias empleadas de las tiendas
que en mi sed de comprar reconocían
las huellas del amor recién nacido.

¿Padre, hubieras querido que tu primer hijo
diera la mala nueva de que ya éramos menos?
En tus treinta minutos de agonía,
con el pie en el estribo de otro tren,

¿te acordaste de sus primeros pasos
cuando al pie de las sillas de montar
posaba como un pequeño Buda,
grave y solemne como los niños tristes?

"¿Puedes regresar?" Me dijo Ignacio.
Debajo de sus palabras se anunciaba
el valeroso miedo de ser débil,
la rabia por no soltar la brida del caballo.
Era, como en los Viernes Santos,
la hora en que llegó la quinta herida,
en aquel cuarto oscuro de Los Ángeles
donde Ignacio quería decirme, dijo, me decía
que a la tribu por ti capitaneada
la diezmaban de tajo,
que te ibas de plano, y nosotros contigo.
Y mientras yo pensaba que la vida
era para mi sed un mar pequeño,
te tirabas –sereno– de aquel puente
para dar comienzo a las preguntas.

II

Atrás quedan la luz, el mar, las nubes
más brillantes después de la tormenta.
A diez mil metros de altura
regreso a la ciudad monstruosa
donde tú ya no esperas mi retorno.

III

A veces, cuando nada
pareciera librarnos del desastre,
qué ganas de ser maleducado
y de abrir, como tú, la puerta grande.
Pero afuera del baño de cantina
mis amigos me esperan: su alegría,
tras una selva negra de botellas.
Mira, siempre podemos engañarnos:
que tus libros, tu huella, tus alumnos.
Lo cierto es que tus manos ya no cogen,
que tus labios no inventan otra boca
y no orinas, a chorros, lo que bebes.
Por eso llamaré –capricho de borracho–
a la Carmen que ya no conociste
y le diré las cosas que me vuelven
más vivo que este ruido y este antro.
Y mi cuerpo saldrá de la cantina
y el aire de la noche será frío
y habrá todavías, mañanas y más tardes.
¿Qué pensaste –carajo–, qué sentiste,
al volar por segundos, convencido
de que abajo la red no te esperaba?

IV

Don Emigdio, el abuelo, fabricaba
sillas de montar más allá de la noche.
El café, la pobreza, los desvelos
desbocaron la yegua que no tuvo.
Cuando fuiste al hospital a recogerlo
–luego supe que se llamaba *manicomio*–
te entregaron su ropa aún mojada.
A nosotros, por niños, nos dijeron:
"Su abuelo murió ahogado en una alberca".
Pero una voz más honda nos decía:
"La luna despertaba su otra sangre
y afilaba navajas en su carne.
El agua donde su cuerpo navegaba
en las manos sin cuenco de la muerte,
le ganó la partida a la locura".
¿Qué diremos de ti que no te turbe,
qué diremos de ti para que nada
interrumpa tu sueño?

V

Larga y lenta canción de la desdicha:
quien apuesta a su incierto pentagrama
traza su propia trampa y la sonrisa
de una doncella coja a quien invitan
a baile de palacio.
No hay canciones felices: lo que duran
es aire para vivir los otros días,
fruto de la amargura cotidiana,
asfixia de la hoguera en la semilla.

VI

El arrayán sacudido por la abuela,
el único árbol en su patio,
era un hermano más: solitario, tristón,
sostenido en pequeñas alegrías.
Como los terremotos, imprevistos,
cuando el padre y la abuela se enfrentaban
era el tiempo de huir, de refugiarse
a la sombra del árbol,
jugar a la soledad con los mosaicos,
contemplando la hierba que crecía,
igual que mi tristeza, a lo salvaje.
Más tarde, además de juguetes, tuve libros.
En los cursos de invierno repetía *La robe est verte*,
verde como los ojos de la niña
que maduraba tigres en mi sangre.
Refugiado en su luz y su perfume
miraba el cielo oscurecerse y me sentía
como ese arrayán que en casa de la abuela
era el hermano ausente,
desmelenado y solo, orgulloso y viril,
al fondo de la casa.

VII

Entonces también era diciembre
y lima y tejocotes era el aire.
En uno de los equipales tapatíos
que saben ser eternos, nos dijiste:
"Sentarse aquí para esperar la muerte".
Lo recuerdo con rabia y te imagino
sacando a la Catrina de la greña
cuando no te tocaba,
a las tres de la tarde de tu trece de marzo.

VIII

Escribo de este lado del espejo:
no ignoro que respiro, que mi cuerpo
es un buen animal que me soporta
por la ciudad en ruinas, tu dominio.
Y no olvido que hablo de la muerte
como niño que burla a un toro ciego.
Al hallar las palabras que te buscan
la verdad es que hablo de lo mío,
de lo que soy por ti, de lo que tengo
para encender la hoguera
cuando pienso que estás doliendo menos,
para que no te olviden la prudencia,
el sentido común, el tiempo curandero.
¿Creerás que mis palabras
quisieran ser el diálogo,
un desquite a destiempo
por todos esos puentes
que dejamos tendidos en el aire?

IX

También los grandes *icebergs* se desploman.
También esas montañas como dioses
se rinden a las armas
del tiempo y sus legiones.
Igual que a nuestros dioses, otros dioses
los arrastran, los llevan, los humillan
para hacerlos monarcas en exilio.
Te disuelves, como un *iceberg*, en el tiempo.
Pero nada convence a la memoria
de que el dolor presente es el comienzo
de los siete dolores
que debajo del mar me están guardados.

X

Pero valió la pena lo bailado:
la caricia del mar,
su azogue estremecido;
falsa estrella que, trémula en la mano,
te pagó por caricias de sirenas
que en tus huesos tatuaron su perfume.
Aunque armas y letras te prolonguen
poco a poco te irás, como se borra
el olor del amor bajo las aguas.
Nadie se queda en el recuerdo.
La mejor de las formas de guardarte
es respirar a puños este aire
encendido de luces y muchachas,
vacaciones, jardines, desencuentros
que nos dejan, con sed, en el preludio.

XI

Tú le abriste la puerta. Estoy seguro
de que no te doblaste al enfrentarla,
y en tu vuelo sin alas regresaron
las palabras ardientes del vencido,
con la ciudad a punto de perderse,
al encuentro de un sol de bayonetas.

Pero hay algunas tardes, como ésta,
en que el traje de luces no la viste
y la muerte es pequeña y pobre y pinche,
como un pulpo vulgar, incontinente,
que nos riega de tinta la camisa
y nos quita la entrada de la fiesta.

XII

Te conceda la gracia de las nubes
y, aún inmóvil, mires lo mutable,
y vuelvas en verano, con la lluvia
a inventar la ciudad inagotable.

No el océano que amaste sino el cielo,
más alto que los hombres y los barcos,
te nombrará farero de las nubes,
profesor de sirenas descarriadas.

Contemplarás los blancos paquebotes
esculpidos en luz o ala de ángel,
navegar por canales luminosos
con el sol en sus cuerpos imposibles.

Todo será futuro, sueño ardiente,
y estarás en un cielo más tangible,
el burlador triunfante de tus ansias
cuando diste batalla entre nosotros.

CONJUNTO DE LESIONES

SEÑOR mi Padre,
ahora Martín tan niño y tan mi viejo:
a la salida de la mezquita azul,
un niño me ofreció una colección de fotografías
donde Estambul brillaba
como peces de jade.
Eran joyas humildes y lujosas
como la voz que desde los minaretes
galvaniza los cielos con la tierra.
Me regaló en su compra
un viejo acordeón de postales,
como las que tú comprabas en tus viajes
y siempre terminabas por no enviar.
Nosotros jugábamos con ellas
a viajar por el mundo.

Me llevo en los sentidos esta ciudad de olores
[familiares,
cuyo mercado de especias me recuerda
tus tiempos niños en San Juan de Dios,
tus libros de viajes,
las voces de árabes y judíos de la Lagunilla
y tu amor por la Historia.

Pero me gusta llevarme el aire tenso,
la música del viento en las mezquitas,
la vida que ya no quisiste, con la que no pudiste.

Nunca compraste una cámara fotográfica,
pero de haberlo hecho, los productos
no hubieran transmitido
el fervor y temblor de tus palabras.
Yo compré mi primera cámara
el 13 de marzo de 1980,
la misma mañana en que firmaste *Martín Quirarte*
en la lista de asistencia
de la Facultad de Filosofía y Letras
donde diste tu clase. A la salida
te tiraste de un puente. Para otros,
era aún el café rutinario y sorprendente
o tocar a su amante,
trémula de fiebre y de carencias.
Firmaste con tu nombre
pero no con tu tinta, porque hacía mucho
habías dejado de ser tú
para ser tu fantasma.
Firmaste como si todo
fuera a seguir, como si todavía.

(*Conjunto de lesiones*, dijo la autopsia.)

Esta historia puede contarse de varias maneras.
Pero la cámara que compré ese día
me obligó a mirar el mundo de otra forma.
Por eso, cada vez que aprieto el obturador
mi corazón me dice *Viva México*,
y cada vez que la bandera mexicana
es tomada del talle por un señor de bigote
llamado Himno Nacional,
siento un placer físico sólo semejante,
a la noche en que se develó Carrara
en la piel de su hija predilecta.

Ésa fue para tus alumnos
"*La derniere classe*", como el cuento
que nunca podías terminar de leer sin que te
[traicionara
la puntual emoción en tu garganta,
como soga en la fiesta del ahorcado.
Tus estudiantes no supieron
que esa clase era una representación –única y en
[exclusiva–
del cuento de Daudet
y de toda tu vida.

Seguro tú tampoco lo sabías,
porque la muerte borra todo heroísmo
cuando llega el instante de enfrentarla.

Te escribo todo esto,
después de no frecuentarte en mucho tiempo,
seguramente porque,
a pesar de los kilómetros que separan
a esta ciudad dorada de mi patria,
el 13 de marzo firmé en la misma lista de presente
y me sentí, ardiente y amargo, entre los vivos.
Y como he tomado con mi cámara
imágenes que me han hecho uno con el mundo,
sólo hoy reúno valor para registrar,
en mi cámara oscura,
la última imagen que mamá tuvo de ti,
cuando te vio alejarte rumbo al patíbulo,
con una mano en el bolsillo de tu saco
herido por todas las arrugas,
con el corazón que ninguna plancha
era ya capaz de iluminar.

LUZ DE MAYO

GUARDADOS del diluvio
en dinteles de la ciudad antigua,
mi madre nos decía: "Esos truenos lejanos
anuncian que ya se va la lluvia".
Era su caricia, su forma de decirnos
que lo peor terminaba.
Mamá se llama Luz,
desnuda de María,
Luz poderosa y blanca y siempre niña.
Cómo poner en duda sus palabras,
si en mi carne se llama Luz de Mayo
y nació en el mes de la lluvia.
En las calles mojadas,
–perfume de tierra estéril, pero nuestra–,
todo era de nuevo bautizado:
el agua corregía
el dibujo de cúpulas y torres,
encharcaba jardines, penetraba
como caricia sabia, profunda, permanente.

Así nos iba hablando
sobre los temporales de su tierra,
cuando en Silao, de niñas,

sus hermanas con ella
recitaban a coro La Magnífica,
oración contra el trueno,
preludio de sus brincos sobre los charcos.

¿Te acuerdas, Luz de mayo,
de tu gesto inocente al hacer la diablura
de meterte en la cola de los cines,
serena como los condenados o los santos,
para que a todos nos bañara
ese chorro de luz, tan alimento
como el café con leche de los chinos?

He querido ser fiel a la manera
en que guiaste el rebaño.
No aprendo todavía
a ganar mansamente.
Se alzan en mi contra los amargos
aletazos del ángel ceniciento,
malguardián de tu esposo.

Hoy que los temporales
son, con los años, más violentos
(siempre se nace a todo, nadie aprende),
me gusta ver la lluvia batirse en retirada,

cuando el cielo lavado
anuncia que el demonio se apacigua.
Entonces, aunque te encuentres lejos,
entiendo tu caricia y tus palabras
para enfrentar la calle,
donde tu luz de mayo pastorea
mis tardes de lluvia,
pero también las otras.

INVOCO los malos vientos: el terror de los niños insomnes a punto de perderse en el naufragio; los nortes que azotan los muros en el puerto y al irse depositan esa lepra del mar que se mete en el alma de las cosas.

Conjuro al gato negro –sombra de la sombra– que causó la desgracia ~~de mi~~ estirpe al cruzarse en el paso de mi abuela; bajo la nube que presagia al martes 13, pongo el retrato más triste de mi padre, niño abandonado a su pequeña historia, difuso su semblante, clara su condición de torturado.

Abro la puerta a la ola de tinta que nos sabe inundar a los Quirarte: llovernos, empaparnos, humillarnos, dejándonos la lucha por consuelo. Me planto –valiente escapado de una baraja de la lotería– con todos los amuletos que me otorgas: tus presentes perfectos, conjugados en besos que encienden en tu ausencia, el sudoroso neón de los hoteles, el sabor de tus muslos, que me devuelve el ansia adolescente, jadeante de amor en los zaguanes de la ciudad antigua.

Y aletean por el aire –Poesía– legiones de tus ángeles en celo. Los embosco y derribo, para que me revelen el lugar donde nacen tus palabras cuando rom-

pes amarras y te entregas a la pantera fiel de tu lujuria. Poseedora de todos los tréboles benditos, pata de conejo para el pobre, que la luz de tu cuerpo inunde esta miseria. La desgracia mayor del martes 13 no me roba el anhelo de esa fiebre donde nace el relámpago de oro.

Incendios

EPIGRAMAS PARA LA DESAMADA

Uat iam nec bene uelle queat tibi, si optuma fias,
Nec desistere amare, omnia si facias

CAYO VALERIO CATULO, *Carmenes*, LXXV

1

CUANDO en tu paleta des a luz
un negro que supere
a la armadura de Carlos I
en el pincel educado de Van Dyck,
habrás olvidado quizá cómo es mi rostro.

En eso, Lesbia, no nos entendemos.
Yo aún te quiero con la misma locura
con que pintó Van Gogh
su primer lienzo en Arles.

2

Tú eres la culpable
de que no me hagan voltear los *jeans*
de esa muchacha, cuyas caderas
provocarían le envidia
de la Plaza de la Constitución.

Por el aire rubio y rizado
de este Palacio, Lesbia, que es de Hierro,
suelo vagar de cuando en cuando,
porque puedo así, sin despertar sospechas,
sin que nadie me pregunte qué deseo,
soñar que ese vestido reclama
tus hombros y tu talle
o que aquellas medias, si pudieran hablar,
pedirían ser llevadas por tus muslos.

3

Cuando a la salida del museo
los Ensor, los Klee, los Magritte
aún te ericen los sentidos,
al caminar por Reforma sentirás tus oídos
anegarse de la orquesta sin batuta de los grillos.

Pero oirás, aparte de la voz del chofer
que celebra tus piernas,
el eco huérfano de los niños que prestaban
su coro fugaz, aquella tarde,
a la esgrima lenta y voraz de nuestras bocas,
la cantata final de nuestros cuerpos.

4

Yergue su imperio el sol de mayo:
el cielo y el mar un solo cuerpo
sin conceder espacio al horizonte.

Recojo un puñado de arena y lo dejo caer lentamente:
sólo uno de los cristales permanece en mi mano.
Así sólo tú eres mujer entre todas las que me rodean.

5

Si yo te besara como te recuerdo,
no podrías respirar un solo segundo.

6

Leo el encabezado del periódico:
aparece en primera plana
que ha aumentado el precio de la gasolina.

Tendré que quedarme
toda la tarde detrás de los cristales.
Afuera,
junto a la lluvia tenaz
de estos días de agosto,
los autos grandes estarán
muriéndose de sed y de guardados,
mientras en cada calle
tendré que encontrarme con un Renault
y ver que tres de cada cinco
son de un año y color idénticos al tuyo.

7

Vuélvese el aire un agua casi llama
cuando Mozart abandona su juego con el celo
y se ciñe la corona frente al piano.

Incendio, humo y cenizas flotan en el aire
cuando el efímero palacio de cristal cesa su anhelo
y en su derrumbe cada muro tiene la forma de tu boca.

8

Para José Francisco Conde Ortega

En un principio fui poeta de La Soledad;
más tarde me convertí en poeta de Academia.
Después tú ocupaste la punta de mi pluma
acaso por tu hermosura superior
a San Juan de Letrán de madrugada.

Y aunque escribo estos versos, Lesbia,
en la mañana más gris del primer cuadro,
conservo mis poemas más intensos
para cantar la Colonia Postal.

9

Qué dulce, Lesbia,
recordarte íntegra en este trago de café
y decir pausadamente
el mejor articulado de mis carajo
en medio de la gente tan pulcra
que cena y ya comulga.
Siento que así me purifico más que ellos
en la misa de domingo
o durante el fin de semana en Cuernavaca.

10

Es sentir en el pecho un Porsche 917
por la recta Les Hunaudiers
en la última vuelta de las 24 Horas de Lemans,
descubrirte sin que me mires, a lo lejos,
con la falda que iba mejor con tu figura.

El Porsche cruza la meta,
pilotos y mecánicos beben champaña.
Me aparto de la multitud
para verte alejar sola, gigantesca,
por los pasillos de esta escuela,
sin ti más grande y más inhóspita.

11

Que prefieras un tubo
rojodecadmiowinsor&newton
a mis besos,
o que los días que pasas sin mí,
que ya son todos,
no interrumpan el equilibrio de tu risa
ni eviten que tu figura ocupe
su exclusivo lugar en el espacio,
no me lastima.

Que no sientas lo que yo
al formar tu nombre con las letras
de calles, de cines y de hoteles
las veces que me nombren,
te convierte en la última de las mujeres
o me hace el último de los hombres.

Tú escoge.

12

Colocada la hoja en la máquina de escribir,
¿qué falta en mi mano para lanzar la primera letra?

Pero abandono teclado y escritorio,
soy el escándalo para los vecinos
al bajar como huracán las escaleras
y pedir en la primera farmacia
un champú como el que usas
para sofocar la insurrección de tu recuerdo.
Jadeante subo a comenzar mi artículo,
sabiendo que con lo que paguen
alcanzará no sólo para comprar agua de colonia,
sino hasta extracto del Chanel número cinco
que usaste las últimas semanas.

13

Acaso porque aún confío
–y no estamos de acuerdo, Lautréamont–
en que alguien se quite el sombrero
al paso de mi entierro;
que mis labios vuelvan a ocuparse
de la morfología breve de tu nombre
o mis manos reconstruyan nuevamente
la sintaxis excepcional de tus muslos y caderas,
me apasionan tanto mis lecciones de gramática.

14

Sólo de una forma escaparías de mis palabras.
Que cuando leyeras estos versos
te dejaras llevar por las imágenes
y las transformaras en música y pintura,
sin ver detrás de ellas
los espumarajos de fiera agonizante
que la palabra esconde debajo de la alfombra.

15

Echo la capa sobre el rostro
para que no me ciegue el lento espejo del desierto.
Es más alto el sol y más dura la arena
si sabe que la presa buscada es tu blancura.

Aun así te encuentro, hinco en ti las garras
y te exprimo el amor.

En esa muerte leve cierras los ojos
y en tu mueca final leo que el crimen
no es triunfo mas castigo
y que el amor en llamas de uno solo es tan inútil
como gota de agua en el desierto.

16

Y despertar en medio de la noche
mordido por las olas,
sacrificado por estrellas
del mar más despiadado.

Si el sueño, interrumpido,
nos hiere infundiendo mayor deseo y lejanía
en lo amado, no sé.

Pero había soñado con tu cuerpo;
fino y pesado,
maleable y frágil,
compacto y casi espuma,
como el mármol que aterido aguarda
el primer golpe del cincel,
tendido y reposado,
tu cuerpo cuerpo.

17

A las nueve menos diez paso lista.
Desde el escritorio
es más intenso el mar
si se detiene en los ojos de Sonia,
y los muslos de Pilar
emergentes de la falda escocesa,
cada día más corta,
dicen que el sustantivo alba es poco exacto.

Pero sólo en ti ancla mi deseo, Lesbia,
aunque hoy Rosa María traiga un peinado distinto
y provoque escalofrío su voz diciéndome "presente".

18

En la inevitable fe de erratas
impresa en la página final
consta que nunca dije "te amo".

Cualquier semejanza con esas palabras
fue coincidencia pura,
error de linotipista en día lunes
o precipitación del cajista de los sábados.

El único te amo está impreso en el silencio.

MAR ABIERTO

(De Fra Filippo Lippi a Lucrezia Buti)

NO fue por la palabra misma que yo dije:
"Tu pecho parece el Mar Egeo".
El mar era entonces sólo un niño
y la espuma infantil de esbeltos pasos
rompía en tus pies, dorándolos apenas.
Es verdad:
ciertas noches busqué desesperado,
por frescos callejones de Florencia
el recuerdo de un mar más presentido.
El mar tiraba de mí como promesa,
así como de la planta son futuro
la nube fugaz y el sol que la mantienen.
Mar Tirreno, islas del Egeo,
esmeraldas celestes coronadas
por mis ojos que siempre han visto todo
aunque a veces el brillo los engañe.
Y quién negaba que yo pudiera irme,
que pinceles y muros me dejaran
abandonar la luz, la sombra espesa,
que aquel sereno lago en que bebía
dejara de alimentar mi sed de viaje
y el horizonte nuevo que tendías

dijera hay otros mares
en qué descubrir mi oficio de hombre.
Dije otra vez:
"Tu pecho parece el Mar Egeo".
Las islas navegaban otras aguas,
asombradas de piel nunca antes vista.
Más allá de las colinas tersas
la espuma plateada me esperaba:
sin saberlo el velero recorría
el Mar Mediterráneo por tu vientre.

Y qué fecundo mar y casa y mar amigo
y qué lisura inmortal para mi proa
y qué ansia por ver el mar abierto.
Sin la audacia y el coraje de otros hombres,
marineros de sueños destruidos
por el sueño grotesco de la muerte,
estuve allí, nadé por aguas tersas,
por encrespadas olas que morían
sólo después de castigar las peñas.
Quise decirte Mar Mediterráneo,
otra vez colinas tersas, islas del Egeo
(¿lo dije alguna vez?, quizá mentía)
pero ya estaba mi arboladura desplegada
y tu vientre anunciaba el maremoto.

¿Quién habló de cortar los mástiles
y detener el vértigo?
¿Qué grito cobarde en la tormenta
imploró la piedad de un cielo sordo?
A toda vela hacia el desastre
quise saber tu nombre,
pero no estaba en mí sino buscarlo,
no saber ni pensar, sólo sentirlo,
y ser uno contigo en esa lucha
donde el cielo y la tierra desembocan.
Y te llamabas yegua y eras otra,
y te llamabas carne y aguacero.
Te llamaba entre el viento y respondías.
Busqué el ojo de huracán, quise perderme,
Carabela de náufragos del cielo,
Fiel faro de los ángeles caídos,
Madre total, nodriza de delfines,
Relámpago en medio de la noche,
Playa de carena en el crepúsculo,
Canto de las sirenas para Ulises,
Estatura dormida con ahogados,
Isla en nacimiento, cima absorta,
Verde esposa del sol en la mañana,
Guerrera de las nubes, bienhechora,
Refugio de ballenas en invierno,

Acero del tridente de Neptuno,
Promesa de horizonte para el paria,
Veladora del Fuego de San Telmo,
Guardiana de tesoros sumergidos,
Mascarón rescatado por tritones,
Tejedora del traje de la espuma,
Campanario en mitad del maremoto,
Perfume de la rosa de los vientos,
Señora de los piratas condenados,
Pitonisa de brújulas y cartas,
Hada de los salmones peregrinos,
no me salves no pidas no renuncies
a dejarme en la gloria de perderme,
de ascender al cielo y ver de frente
lo que algún día habrán de ver los ojos
que crucen otro mar abierto y azaroso
ahora y en la hora de nuestras vidas,
Madona.

Regresé con el triunfo en mis banderas.
Los hombres me rodearon en el puerto,
envidiando la hazaña de mi buque.
Su casco estaba bruñido, carenado
como esa larga noche en que tus muslos
fueron concebidos por mis manos.

De nadie sino tuya la tristeza
de ángel que camina entre los hombres.
¿Quién puede vivir gloriosamente en tierra
cuando el tiempo nos quita el goce eterno?
Por eso no olvido, Madona.
Por eso no pidas, mi Lucrezia,
que olvide el viaje por ese mar abierto.
Márcame para siempre con tus ojos
y después de la herida nazca el mundo.

PRELUDIO PARA DESNUDAR A UNA MUJER

QUE esté, de preferencia, muy vestida.
Por eso es importante que las medias
sigan cada contorno de sus muslos: que disfruten
la pericia, el estilo del tornero
que supo darles curva de manzana,
maduración de fruto al punto de caída.
Goza de la tela perfumada
encima de los jabones y los ríos.
Acaríciala encima: su vestido
es la piel que ha elegido para darte.
Primero las caderas:
es la estación donde mejor preparas
el viaje y sus sorpresas. Cierra los ojos.
Ya has pasado el estrecho peligroso
que los manuales llaman la cintura
y tus manos se cierran en los pechos:
cómo saben mirar, las ciegas sabias,
el encaje barroco de la cárcel
que apenas aprisiona dos venados
encendidos al ritmo de la sangre.
Si los broches y el tiempo lo permiten,
anula esa defensa: mientras miras sus ojos

deslízale el sostén. Y si protesta
es tiempo de estrecharla.
Acércala a tu boca y en su oído
dile de las palabras que son mutuas.
En un ritmo creciente, pero lento,
trabaja con los cierres, las hebillas,
los bastiones postreros de la plaza.
Aléjate y admírala: es un fruto
que pronto será parte de tu cuerpo
y tu sed de morderla es tan urgente
como la del fruto que anhela ser comido.
Has esperado mucho
y tienes derecho a la violencia.
Deja que la batalla continúe
y que el amor condene a quien claudique.

HISTORIA DEL FARERO

TODA la tarde el mar había mugido, como la víspera de los huracanes. Yo respiraba gravemente, el corazón volcado en los sentidos. Llegó sobre el lomo desnudo de la noche. Al sentirla en el aire, recordé los consejos de los sabios: "Si te ha de llevar la muerte, que te lleve en buen caballo".

Quiso conocer el faro y a punto de llegar a sus alturas, se quitó la mascada y condujo mi mano a sus botones. Me dijo que no encendiera, que la luz era esclava de su carne y su pelo una luna agavillada.

Era tan hermosa, tan vasta, tan hambrienta. Cómo evitar, desde el primer encuentro, ser su monzón, su incendio, su desastre.

Cómo evadir la fuerza de su sangre si era un continuado río de seda, constelado de heridas.

En medio de la noche tuvo sed. "Tráeme agua del mar, estrellas cuajadas en sus olas, mantarrayas plateadas por la luna, porque la luz ya viene a despojarnos."

Volví con el alba, pero ya no estaba. Rescaté este mechón de sus cabellos, que llevo entre mi carne y mi camisa.

Desde entonces los barcos no se pierden y mi trabajo es fruto del recuerdo.

Que nadie me pregunte y me dejen vivir al pie del faro. Yo sólo espero escuchar de nuevo las palabras que me sopló en la oreja. A veces estoy casi seguro del retorno, cuando el mar se perturba por la tarde, como si presintiera la batalla.

ROSTRO PROHIBIDO DE LA LUNA

HE aquí la historia prohibida de tu espalda, ese espacio cuyo nombre no puedes conocer. Han mentido el espejo, el agua de los bautismos, otros tactos.

Porque clavas los ojos en mi entraña, ambiciosa del ámbar oculto en la ballena, hago girar tu cuerpo para mirar el rostro de tu espalda.

Hermosura animal de niña en abandono, de bruces eres la mano de una diosa o la orquídea que aguanta la tormenta.

Para qué la alabanza, el símil y la hipérbole, si al quemarte la sed de la mirada, en tu carne enrojece la huella de pasadas cicatrices: la soga en la cintura de santa Juana de Arco, la marca de los dientes en el hombro sedeño de Francesca, y ese rubor cuando la muerte alcanza a los tribunos y a las reinas.

Meseta de adivinaciones, el temblor de tu espalda anuncia a un barco de satín en el muelle deshecho por la bruma. Flor de papel carbón, su combustible.

Hay una sola forma de afinar la madera de tu espalda: repasar todas sus notas con la lengua, de la torre orgullosa de la nuca a la almendra encendida donde los tuareg beben espejismos.

A tu escultor le reprocharían no haber puesto en tu espalda todos los atributos de los ángeles.

Si tuvieras alas, cómo hacerte volar. Y si vuelves al cielo, cómo recobrarte.

PERFUME DEL NAUFRAGIO

A VECES me asalta tu perfume.
Me clava sus tacones con la imprevista violencia del terremoto al desbocar la raya del cuaderno.

Tras la cerca de púas que tiendo cada noche para que al menos de ese modo mis manos te desangren, me asalta tu perfume.

No se llama con los elementales nombres de esencias decantadas por mercaderes, aprendices de eternidad comprada a plazos.

Macerado en un mortero hecho a partir de la más frágil de tus partes, laqueado con tu primera sangre derramada.

De acuerdo con la hora en que me asaltas, suele oler tu perfume a arabesco de alfombra de aquel antiguo hotel en cuyo espejo se reveló el vampiro.

O al hondo aguijón de jardín tropical mojado por la lluvia y luego secado al sol, cuando la nervadura de las hojas, el guante del musgo y la armadura del escarabajo se unen para crear la sangre de la tierra.

Este olor anillado en el aire, como encendidas risas de muchachas bajando la escalera, es, sin saberlo, de tus lares.

Este olor que no estuvo a tu lado, que no nació en tu cama ni en el laboratorio de la estufa donde el té se despierta para abrirte los ojos y mirarse;

aquella ráfaga, nacida clara, tan mercenariamente dada a las traiciones, a montarse en el tren de los ardidos y amenazar mi paz.

Esa ajena fragancia que no pudo alojarse en la miel de tu corva o en la dispersa sal no disfrutada porque el verdadero amante desconoce la traducción de la palabra basta;

este olor y los otros que no fuiste me llegan como una carta donde arde mi nombre y dice que no estoy para mí ni soy los otros. Es un parte de guerra donde no hay prisioneros.

No conoces tu perfume. Nadie conoce tu perfume.

Sólo yo tengo el mapa que descifra sus signos en la correa del reloj que abandonas camino a la batalla; en sábanas donde tus formas no se borran como si ellas también fueran victoria; en la huella que dejas al marcharte, mientras mi mano abanica el aire y me quedo en la calle, dueño de un perfume que ninguna substancia es capaz de borrar o confundir.

A veces me asalta tu perfume. Mi olfato, todo rinoceronte, se acoraza.

Hago faena en plaza solitaria, último capote de la tarde, espada que vive de tus glorias.

EL CAIRO EN TU ANTEBRAZO

HOY te vi sentada a la mesa de junto.
Te mordía la carne un brazalete,
serpiente hechizada por tus ojos
en los mil callejones del Cairo que desembocaron
en tu brazo y tu paso y tus meneos.
(Así tropezaron mis amores
una tersa mañana cuya fecha
es parte de la historia.)

Esa mujer no eras tú pero podía serlo.
No eras tú porque un brazalete verde
sólo puede hundirse en tu carne
como se hunde en tu carne,
alabanza al tirante que se clava
en el bronce encendido de tu espalda
y le da cita al sol para mañana.

Estaban los altos pinos. Estuvieron ayer
pero las nubes no fueron tan mis cómplices
ni tocaron el cielo tan de cerca.
Les dediqué mis ojos con la misma humedad
con que te descubrí sentada a la mesa de junto
para decirme así que vienes pronto,
que abril es todo el año, que ya siempre.

NO, MISS ILSA

Ilsa.– Hello, Sam.
Sam.– Hello, miss Ilsa. I never expected to see you again.
Ilsa.– It's been a long time.
Sam.– Yes, ma'm. A lot of water under the bridge.

.....

Ilsa.– Play it, Sam, for old times' sake.
Sam.– I don't know what you mean, miss Ilsa.
Ilsa.– Play it, Sam. Play As time goes by

Ingrid Bergman y Dooley Wilson en *Casablanca* (1944)

PIÉNSELO dos veces, clara niña que no deja de
serlo,
aunque hoy vuelva vestida de mujer y su mirada,
húmeda de veinte geografías, conserve su limpieza
en un mundo quebrado por la guerra y mantenido a
[flote
por las mismas criaturas.
Éramos invencibles y el tiempo no alcanzaba.
Pero el amor, miss Ilsa, es un caballo,
al cual hay que montar sobre la marcha.

Este pianista negro no quisiera negarse. Tan sólo la
[previene
antes de que sus manos, al correr por las teclas,

revivan en el aire los pendones
de perdidos combates.
Mi mundo es este piano y tengo pocos gastos.
Esta noche fatal de su retorno, miss Ilsa,
el mundo se llama Casablanca
y todo por lo que luchamos y morimos
cabe entre estos muros,
golpeados por un mar color de tinta.

Igual que mi piano o mi rostro cuando ríen,
todo en la vida es blanco y negro
y nada en el amor es blanco y negro.
Mire a su alrededor: ese cantinero cumple su
[trabajo
de asistir solitarios y prolongar la llama;
el heroico canalla porta un revólver helado cerca del corazón;
el capitán corrupto, acaso menos vil de lo que
[piensa;
la muchacha de cascos doblemente ligeros,
abrasada en la almohada y sin su hombre.
A todos, tarde o temprano los ataca
la enfermedad que usted me pide.

No me fusile así, tan a mansalva,

con esos ojos donde vive la imagen
de un hombre abandonado en los andenes.
Sólo su omnipotente gabardina
–ese escudo con nombre de mujer–
lo salvó del delirio de los trenes.

Lo mejor ya pasó. Para qué el capricho
de conjurar un viento de navajas
que coloca a su víctima en el centro.
Si usted, en sus viajes por el mundo,
ha estado en los brazos de un meteoro,
sabrá comprenderme: el ojo de huracán
es la sala de espera del herido
pero jamás respeta
el tiempo de quienes viven en la cresta.
Construir el amor es cosa de dos seres;
salir de la casa
cuando está por caerse, es asunto privado.

Aun así, obedezco.
Ojalá, miss Ilsa, que las llamas
sólo descendieran
sobre el cuerpo abrasado de este negro
y pudiera mi piano combatirlas.
Si el amor no existiera, tampoco las canciones

salvadoras de náufragos.
Y dice así, miss Ilsa. El Ángel nos asista
cuando las notas inunden el café
y el huracán despierte.

EN AUSENCIA DE ANÍBAL EGEA

DEBO a Gregorio Monge las primeras noticias sobre Aníbal Egea. En la paulatina penumbra del Café Madoka, bastión inconquistable de una Guadalajara que se extingue, Monge revelaba y oscurecía el perfil de un personaje cuya mejor virtud se encuentra en el desafío de la conjetura. Diversas circunstancias me llevaron más tarde a trazar el siguiente esbozo. Para tal objeto acudo a testimonios diversos y memorias fragmentarias. Termino convencido de la imposibilidad de hacer el retrato de nadie: aspiramos, acaso, a iluminar zonas, a descomponer en múltiples colores la aventura de un hombre.

Durante uno de sus viajes a Bogotá, sumergido en las páginas de ejemplares atrasados de *El Tiempo*, Monge descubrió por primera vez el nombre de Aníbal Egea, que amparaba varias colaboraciones dominicales. Desde la primera lectura, Monge se dio cuenta de que enfrentaba una escritura de poeta. El carácter en apariencia informativo de sus crónicas era traicionado por el destello del descubridor y del vidente. Ya en México, durante un encuentro de Escritores del Sureste, Monge se enteró de que Aníbal Egea había vivido –y desaparecido– entre nosotros. Se le vio por úl-

tima vez en 1980, en la ciudad de Campeche, durante el trayecto de la cantina *Ojo de pulpo* a casa de José Ángel Amábilis, quien lo había invitado a curarse las heridas causadas por el tifón etílico de la noche anterior.

Una carta de Eduardo García Aguilar, quien sabe todo sobre literatura colombiana, me puso sobre nuevas pistas de Egea. Aníbal Egea nació en Barranquilla el año 1924. Quienes lo conocieron afirman que era poeta aunque nadie leyó un poema suyo. Alejado de escritores, fuera de una amistad tan íntima como públicamente discreta con Eduardo Carranza, lo más cerca que Egea estuvo de labores estrictamente intelectuales fue su trabajo como profesor de educación primaria en la isla San Andrés. Posteriormente vivió en la isla de Cozumel, como ayudante del farero de Celarián; en San Andrés Tuxtla, como huésped del profesor de inglés de la secundaria de la población, Primitivo Baltazar Mundo. Las afinidades son –lo dijo alguien muy sabio– electivas y fatales. Los amigos de Egea tarde o temprano terminaban por convertirse en personajes de su propia creación. El poeta Francisco Hernández, oriundo de San Andrés, recuerda a Primitivo vestido de blanco de pies a cabeza y con su pluma fuente invariablemente cargada de azul pavo real.

Casi al mismo tiempo que la carta de Eduardo García Aguilar, llegó un paquete de otro fiel amigo, el bibliotecario John West. El sobre contenía un conjunto de fotocopias, a partir de otras que conserva el Fondo Natie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, de *El cuaderno de Aníbal Egea*. Según pudo indagar West, el original era –literalmente– un cuaderno forrado de papel manila, caligrafiado por Patricia Santuario, el ser más cercano a Egea la última etapa de su vida. West concluía con la noticia de que Patricia Santuario no era sino una de las múltiples escribas de Egea. Convencida de la imposibilidad –y para ella inutilidad– de publicar los textos de Egea, los caligrafiaba en cuadernos rayados, con su letra de perfiles agudos, testimonio de su paso por las monjas del Sagrado Corazón.

En noviembre de 1990 tuve la oportunidad de viajar a Bogotá, gracias a los buenos oficios de mi amigo Darío Jaramillo y por invitación de Mercedes Carranza, Directora de la Casa de Poesía Silva. Sabedora de mi noticia sobre la probable amistad de Egea con Eduardo Carranza, Mercedes se dedicó a buscar algún indicio entre los papeles de su padre. Como si no hubieran sido suficientes la visita a la tumba de Elvira y José Asunción Silva, la fragua solar que desde el aparta-

mento se disolvía lentamente en el cielo bogotano, y la botella de aguardiente Néctar que nos montaba –a Mercedes, a Germán Vargas y a mí– en un potro brioso y transparente, Mercedes me tenía deparada otra sorpresa. Con la alegría que proporciona saber que estamos a punto de dar a otro una alegría mayor, Mercedes me preguntó: "¿Conoces la letra de Egea?" y me hizo entrega de una serie de papeles –notas de restaurante, hojas de cuaderno, tarjetones publicitarios– a los que sólo hermanaba la caligrafía. A menos que surja una nueva evidencia en contra, me hallaba por primera vez frente a manuscritos auténticos de Aníbal Egea. Porque el azar y el accidente rodean la vida y los actos de Egea, no sería extraño que en el futuro aparecieran otros textos.

Los fragmentos en prosa que integran este cuaderno son la parte racional, deductiva y defensiva del escritor que Egea deseaba y no podía ser, pero también del escritor que sabía que podía –y no quería– llegar a ser. Entre los escritores que escriben y aquellos que no lo hacen, Aníbal Egea hubiera pertenecido orgullosamente a los segundos. Sin conocerla, hacía suya la frase de Paul Eluard: "Nunca he encontrado lo que amo en lo que escribo"; en cambio, sus mejores gozos, sus instantes más lúcidos, fueron aquellos en los que

hablaba sin la tiranía de transformar sus emociones en signos que ocuparan la hoja de papel. Creía que si la felicidad llegaba, ésta debía ser rabiosa y pasajera. Por eso, cuando sus rachas lo alcanzaban, nadie como él sabía apresarla, del mismo modo en que, cuando esa escasa felicidad se iba, caía con el estrépito del avión cuyos motores no responden en el despegue, ángel sin suficientes atributos de la gracia.

Egea no era un buen conversador. Por lo mismo, cuando sus interlocutores lo miraban extasiarse, sabían que llegaba el momento de callarse y escuchar. Egea trataba no tanto de escribir como de encontrar en los sentidos esas intensidades que el escritor fija y comparte. De ahí que su movediza poética haya que buscarla en el perfume de un buen puro, las coplas de un jaranero o la contemplación de las muchachas a la salida del colegio.

Como buen obsesivo, Egea no toleraba intromisiones para su manía en turno. Cuando decidía que el tema era los trenes, no hablaba de otra cosa, y entonces él o sus escuchas convertían sus sentencias en grafitis sobre las paredes de vagones, baños, puentes o burdeles. Finalmente, lo que a Egea le importaba era la creación colectiva y la desaparición del nombre propio; la vivencia encima de la obra consumada. En otra

época de su vida emprendió lo que llamaba el descubrimiento de muros erosionados en los puertos. Solo o acompañado, en Campeche emprendía largas caminatas por las calles de la ciudad intra-muros, hasta descubrir la pared que el tiempo y el mar habían marcado. Hecho el descubrimiento, reivindicaba ese territorio y en un ángulo del muro escribía, a modo de firma, la idea que en ese instante le anduviera dando vueltas en la cabeza. Algunos textos son obra exclusiva de Egea; otros fueron escritos, trazados o tatuados por los asiduos al bar de estibadores, que en la frase del muro se identificaban, se reconocían o se exasperaban. Tras la desaparición de Egea, alguien pensó en desprender el muro con las grafías y montar una exposición. El proyecto se detuvo cuando el dueño de la cantina *Ojo de pulpo* compró el bar en cuestión para convertirlo en bodega; la pintura de esmalte cubrió aquella obra colectiva donde se hallaba el verdadero magisterio de Egea. Los que se conservan y que aquí se publican fueron rescatados por el campechano Óscar Pérez, discípulo espiritual y amigo de Aníbal Egea. Junto a una carta en que me hablaba de los desastres causados por el huracán *Gilbert* en Campeche, Pérez me envió esos fragmentos, producto de los huracanes interiores de Egea y sus cofrades.

Egea buscó vivir en sitios que le recordaran el paisaje y el clima de su tierra natal, pero el mar no era su elemento: veía en el trópico el enfrentamiento más radical del hombre con el hombre, del hombre con las cosas. Asiduos a los cafés *El murmullo* y *La parroquia* de Campeche afirman haber escuchado varios poemas donde Egea resumía este amor contradictorio.

Para agrupar tentativamente estos fragmentos, elegí tres divisiones –Separación, Iniciación, Retorno–, esto es, las tres etapas que Arnold Von Gennep llama *rites de passage*. Dos son las razones para este agrupamiento, arbitrario como toda lectura que hacemos de otro: Germán Vargas afirma haber escuchado a Alfonso Fuenmayor evocar continuamente las palabras "Separación, Iniciación, Retorno" cada vez que Egea se disponía a beber: tomaba en su mano la copa y pronunciaba un solemne "Separación"; al disponerse a beber decía "Iniciación"; una vez terminado el trago, exclamaba, feliz e iluminado: "Retorno". Quien se aproxima a la escritura de Egea puede comprobar esa fidelidad a todos los actos de la vida: arrojarse al agua, sumergirse, envolverse en la oscuridad, aunque eso suponga una separación del resto de los hombres. Sólo así nos convertimos en iniciados y volvemos al mundo que hemos abandonado. Lo que aquí se publica

bajo el título *El cuaderno de Aníbal Egea* –en homenaje al trabajo amoroso de Patricia Santuario– son fragmentos de una obra seguramente toda ella fragmentaria. Su principal característica es la indefinición y su carácter *non finito*. El retrato que hasta ahora he podido trazar de Aníbal Egea tiene, en cierto modo, esas características: puntillismo de testimonios varios, aproximaciones desde diversos ángulos. Creo no traicionar su voluntad, dondequiera que se encuentre. Por lo que se deriva de la lectura de sus fragmentos, él buscaba una poesía para la Tierra, en consonancia con las pasiones más altas y los cuidados más comunes a los hombres.

"TRABAJO con Aníbal Egea." Ni los trajes estampados en piel de guacamaya, ni las telas profusas que el austriaco cambiaba a las mujeres por caricias encima del banco en la trastienda, podían causar la envidia que esas cuatro palabras despertaban. Nunca dije: "Trabajo para Aníbal Egea". Siempre creí que sacudir sus muebles y sus libros, prepararle el café, decirle buenas noches después que todos, eran formas de trabajar con él, de ser su mundo.

La tarde de la primera entrevista en la casa, cuyos altos ventanales dan a esta playa gris, golpeada por un viento opaco, comprendí el significado de la vieja verdad según la cual hay seres que nacen uno para el otro. La tarde en que desapareció, los trenes lloraron largamente. Solía repetir, de cara a la ventana, que los trenes eran ejemplares póstumos de una raza de hierro más perdurable y digna que los hombres. Antes de la desaparición de Egea, supe, desde el primer instante que algo estaba a punto de suceder. Nadie como él tenía mejores armas para enfrentar la vida; nadie era más débil para el empuje de la ola.

Aun ahora, no sé decir si estuve enamorada. Acaso esta manera de transformarse en otro, de hacerse de otra

carne sin tocarla, sea lo que Aníbal Egea llamaba amor, sin él saberlo. Del cajón de su escritorio extraje estos papeles, que he copiado con mi mejor caligrafía, y cuya lectura repito cada noche. "Tiene sabor de muerte y es la vida", repetía sin tregua luego de la tercera copa, mientras trazaba o decía estos fragmentos que copio de cara a la misma ventana donde supe, aquella primera tarde, que nadie era capaz de vivirlo como yo lo pervivo en su dominio.

Patricia Santuario

SEPARACIÓN

LA ruptura amorosa es una forma de libertad: no somos más del otro. Transcurren los días y descubrimos que esa independencia nos lastima porque encubre una verdad más dolorosa: no somos más el otro. Y aún falta llegar al conocimiento de que la luz ayer irradiada por nosotros hará más miserable nuestra condición presente, presente que conjuga un niño ciego en el salón desierto.

*

Cuando parezca que la más reciente de las heridas amorosas no va a cerrarse nunca, recordemos que amores semejantes también estaban destinados al olvido. Y el dolor que parece –ahora sí– insoportable, no impedirá que mañana el camión recoja la basura, seamos un vaso de leche, un buenos días, una sonrisa. Y lo más absurdo es que algo tan inocente como ese amor que habrá de resolverse en polvo, concentre en uno solo los caminos.

*

Un personaje de Eugene O'Neill en *The Great God Brown*: "La vida está bien si no la tocas". Así el amor. Ninguna otra emoción humana cambia de traje tan radicalmente ni en el instante más sorpresivo. Como el tigre de circo enloquece de súbito y ataca a quien ayer le daba en las fauces la comida, el amor vuelve armas contra el que lo busca. Mientras más se empeña el atacado en defenderse, mayor es su torpeza, más próxima su desgracia. El amante es, por naturaleza, incrédulo: lo que hoy lo destroza ayer lo transportó a los reinos más altos de la vida.

*

Nadie necesita de nadie. Sin embargo el que ama es semejante al bebedor de café que necesita para su pequeña ceremonia la mesa elegida, la taza única, la carga precisa de ese líquido que es el perro más fiel del solitario. Y así como el cliente no encuentra paz en otro sitio, aunque realidades como mesa, taza, líquido oscuro sean las mismas, el enamorado piensa que ninguna sonrisa, ningún modo de andar, ningún perfume son semejantes a los de la perdida.

*

Los cafés son el norte de los tristes: tribus nómadas llegan a sus mesas cuando la tarde pinta lentamente un cielo fatigado de su nombre. Piden café, se sientan, abren diarios; miran las noticias de un mundo que no les pertenece. Qué distinto el océano de cantina: uno puede beberse el mar entero, mirarse en el espejo, interrogarse, combatir una manada de dragones sabiéndose san Jorge sin espada. Pero el café no es cómplice de olvidos: es el negro laúd de la vigilia. Triste asunto acodarse en una mesa a medir el sabor de una desdicha que ni con otros muertos es posible compartir.

*

Cuando el bosque se incendia deja a su paso esqueletos oscuros, la tierra hecha ceniza; el huracán derriba las palmeras, raja todos los cuellos de botella, quiebra cinturas de sirenas; cuando la tierra se abre, sus heridas reducen a escombros los sueños de Babel en vidrio y hierro. Cesa el amor y todo permanece: aún tengo dos manos, piernas, los humores de ayer, tal vez más libros; lo único que avanza es mi calvicie. Todo en la casa está de luto y nada anuncia la estela del desastre.

*

Hay mañanas iguales a cuadrigas que triunfales atruenan el espacio: permanecen sonando entre las hojas de una savia que no conoce el tiempo. Y hay otras de puertas clausuradas. No te afanes en abrirlas: espera a que retorne ese ángel vencido a cambiarte sus cuentas, sus espejos, por la sed de los labios revivida.

*

Pienso, ingenuamente, que te olvido; que no estás ya, de pronto, en lo que hago. Pero corto igual que tú los jitomates; la sopa necesita los granos de pimienta que tú pones y todo se me convierte en subjuntivos. No soy yo quien te espera: le haces falta a la noche y a estas sábanas nuevas que habrá de combatir un solo cuerpo.

*

No doblarme jamás. Antes romperme. Hay quienes llaman sabio a quien camina a solas, con un terco paraguas que no cierra, mientras el sol inunda la mañana.

*

No el orgullo sino el miedo nos obliga a evitar el contacto con el sujeto de nuestro amor: miedo a ver en su rostro que ya no existimos, miedo a saber que ya no refleja nuestra luz, miedo a descubrir un ser distinto al que creíamos ser en instantes que entonces pensábamos eternos. El orgullo es el traje de luces para el duelo mayor de nuestro pánico.

*

"El amor occidental está regido por el obstáculo." En aulas universitarias, en pulcros aeropuertos, en elegantes salas de conferencias repetimos el concepto que nos obliga a suspirar por la Isolda sentada a nuestro lado, quizá por eso más inalcanzable. Pero la elegancia del mito, la poesía y el heroísmo es como un traje de etiqueta que alguien le ofreciera a un lobo que agoniza de rabia a la mitad del páramo.

*

Hay quienes viven bajo la sombra de la bestia y no se atreven a sacarla a la luz. Hay quienes le pican las

costillas, la provocan, la despiertan del todo para probar sus armas fascinantes. Aquéllos son los buenos jugadores. Éstos se llaman los enamorados.

*

Será por un buen tiempo: los peros y los comos antes de los labios que bese, los ojos que acepten mis naufragios, los brazos en que me pierda y me recobre.

*

¿Por qué no aceptar que el amor nos es sólo prestado, como la silla en que nos sentamos, la ropa que nos cubre, el vino que bebemos? Aunque el enamorado intenta engañarse creyendo que nace por primera vez cuanto mira, los mismos objetos hoy parecen rotos, no nacidos, con esa sensación de inutilidad que a veces nos asalta cuando el tren se retrasa y no podemos leer, fumar, estar a solas ni en compañía y somos un bulto más al lado de nuestro equipaje en andenes, no obstante las multitudes, solitarios.

*

Duele. ¿De qué otro modo podríamos estar seguros de que ayer el amor hizo de nosotros violín bien calibrado, chistera de lujo, flecha apuntada al corazón del mundo?

*

La gente incapaz de sublimar no debe enamorarse: cuando el amor termina, al hombre no le queda –si es congruente con el amor– sino matarse, volverse loco, criminal o más borracho. En cambio, los creadores son capaces de encauzar su furia y su tristeza. Mientras hago parte de mi cuerpo otro chorro de alcohol, entiendo: son los creadores quienes pueden ver con nitidez los contornos de la Furia; ser –sin quererlo– su presa más sencilla.

*

Dante lo llamó la fuerza que mueve al sol y las demás estrellas. ¿Cómo puede un hombre, esa criatura que traspasa el cosmos, parte de la raza que dio un Mahler, Venecia, las pirámides, dejarse llevar por su corriente?

*

"¿No es peligroso acercarse tanto a una ballena?", pregunta Rosario al mirar la fotografía de una balsa junto al lomo inmenso de una *Eschrichtius Robustus*. También el amor, y en él nos embarcamos como niños sonrientes que se mueren de miedo al subir a la montaña rusa.

*

–Es la primera vez que veo un Dobermann que no muerde.

–Es que no sabe que es un Dobermann. (Tampoco el amor, mientras no se lo digan.)

*

Quien ama aleja el rostro de la muerte y también, en contados instantes, lo conoce. Bajamos la guardia y cometemos las mismas torpezas que cuando medimos al tigre: nos mantenemos alejados de Él, adivinamos el sitio donde sus ojos hechizarán espacios, llegamos a conocer cada siguiente paso de su anatomía mortífera. Pero en el último instante pensamos: "Si es

tan sólo un gato grande", cuando sentimos el primer zarpazo.

*

Viene la puta tristeza montada en esta música que un día hicimos nuestra. Carga de plomo el aire, estrecha redes, encadena los versos. Ésta no eres tú: es tu fantasma. Tu luz no puede herir como esta carencia de todo cuando todo lo tengo.

*

Leemos sobre el amor como quien explora un Atlas de Geografía Física: nuestro meñique aloja diez veces la anchura del río Amazonas; nuestro índice recorre incansablemente desiertos, asciende orgulloso las alturas del Himalaya. Estar en el sitio de los hechos es distinto: el río parece un mar donde no se vislumbran las orillas; la cima de la montaña es guardada celosamente por tempestades, ventiscas, avalanchas que echan por tierra lo aprendido en los mejores libros de alpinismo.

*

En el instante de la tormenta, imposible pensar que el cielo vuelva a despejarse. Regresa la claridad y el amor es tan digno de lástima como el niño con polio que da su primer paso, ignorante de que se entra en cada combate despidiéndose.

*

Al amar somos un ser distinto que dormía en nosotros. Pasados el vértigo y el rapto ¿cuál es el otro? ¿El ser lleno de luz que conquistó la altura, o el despojo que no tolera el peso de su sombra, la mañana, ofensiva como el sol para el borracho?

*

El secreto de la supervivencia consiste en aceptar que vivimos en el filo de la navaja. Quien ama debe mirar largo tiempo el mar: las olas más altas, más celestes, las de más complicada arquitectura, son las que rompen con mayor violencia.

INICIACIÓN

LA belleza es una de las heridas más dolorosas que sufrimos: tarde o temprano cobra la ambición de poseerla. No ha vivido quien ignora el temblor creciente, la perturbación constante del que ha sido tocado por lo bello. La belleza no habla, y los hombres crearon la poesía para dar testimonio de su paso. La belleza es una alegría eterna sólo cuando no deseamos ser su dueño. Quien se atreve a enfrentarla está en camino de ser un poseído: la belleza termina poseyendo a quien más ha querido hacerla suya.

*

Todo se llama sed cuando el verano retorna por sus fueros. En mitad del bochorno, te duele hasta la sangre porque el desvelo azuza los mastines de sombra que han venteado el final de la veda. Eres de nuevo un niño: la paciencia no existe y necesitas todo cuanto el olvido había domado. Es el amor de nuevo. Nunca es igual la fiebre que lo anuncia, ni el río de ayer semeja la forma oscura que te aguarda: más allá de la noche, bajo la piel te nace un pueblo de tambores.

*

Existen dos formas de aproximarse a la belleza: admirarla con el respeto y el asombro que nos provoca el mar desde la orilla, o intentar reproducirla con nuestras limitadas herramientas. El poseído sufre dos clases de ceguera: una le permite mirar sólo la sustancia aparente de lo bello; otra lo vuelve un ser deslumbrado por una luz tan poderosa que no le deja ver aquello que está frente a sus ojos.

*

El objeto de nuestro deseo nunca podrá conocer la tortuosa alquimia, la febril metamorfosis que provoca en nosotros. Esa nueva creatura no sabrá que, si la rehuimos o evitamos mirarla de frente, es porque su luz se ha vuelto superior a la de otros seres con los cuales ya no comparte el mundo. Y no la miramos por miedo a los alcances de nuestro conjuro, por miedo a no saber –y a saber– qué piensa esa creatura de nosotros.

*

Vivimos bajo el dominio del cuerpo. En medio de la tempestad que provocan sus demandas, el espíritu es un barco de vela tan frágil como el que bota un niño a la fuente del parque.

*

Nada que la razón oponga es suficiente. Aunque no se consume, el deseo habla, el deseo dispone, el deseo coloca los puntos donde no debe. Todo lo que a sus espaldas intentemos será ilusión de triunfo, inútil conato de victoria.

*

El deseo termina, igual que la marejada, la enfermedad, el terremoto. Pero el deseo tiene una aceleración tan brutal, que sus instantes duran la eternidad de la marejada, la enfermedad o el terremoto que nos acercan al punto supremo de la vida.

*

Cómo creer que lo engañamos al apagar las luces, al untarle de ajo las ventanas, al pedirle que vuelva al

otro día. Cuando el amor decide, la muralla es de arena. Lo confirman la caída de Troya, las dos pasiones que enlutaron Verona, Felipe Carrillo Puerto –cicatriz de unos ojos en el alma– frente al pelotón que estaba por quitarle la vida.

*

La belleza no es todo, dicen los más sabios. Pero qué mortal no ha sentido el deseo de ser toda la vida el cuerpo que fluye junto al nuestro, cuerpo donde Dios ha concentrado su energía para demostrar, con pruebas fehacientes, su existencia. La belleza es, a veces, todo.

*

La óptica del amor reduce y amplifica realidades: nada es más importante que la proximidad de lo deseado; esa convicción, que debería enriquecernos, nos convierte en un ser limitado por el objeto –perpetuamente en fuga– de nuestra pasión. El amor espesa su neblina para que no miremos el sendero sembrado de navajas.

*

El deseo se parece a la muerte en que ambos nos destruyen y nos hacen comprender el verbo avasallar. El deseo nos convierte en el más poderoso de los seres: a bordo de su tren vertiginoso, nada parece detenernos. El albañil que cae desde el treceavo piso; el suicida que desde el puente mira un mundo que ya nada le dice; el fusilado que espera la palabra que nombra el prodigio robado por un dios para los hombres son metáforas fieles del deseo, esa fuerza elemental que nos hace sentir la vida como nunca y reduce la muerte a la menor y más natural de las consecuencias.

*

Cuando el amor nos hace falta como el agua, estamos pisando arena movediza. La vida es una cosa; otra, el amor y su aliento de agonía. El enamorado transita alternamente por ambos territorios, hasta que ya no le es dado elegir: se encuentra en el ojo de un huracán que lo seduce con una atracción irresistible.

*

Vivir es escribir con todo el cuerpo.

*

La ausencia del amor aumenta su belleza, la madura, la transforma, de objeto de urgencia, en un alimento cuya necesidad se descubre, con el paso del tiempo, generosa. Ya no el deseo inmediato, sino el que nos vuelve un faro desde cuya cima el mundo sería estéril de no tener la luz que nos enciende.

*

Calavera de azúcar, la ternura. Árbol de pan, vagina de diamante, calabaza en tacha, la ternura. Vieja bruja de dientes-huitlacoche, diosa sonriente y bizca a la que damos furtivamente una limosna. Ella no sabe que el deseo ignora la ternura: la leona sólo sabe que la zebra es otro elemento para que sobreviva su propia orquesta de músculos y rabia, su maquinaria inocente de guerra interminable.

*

A nadie puede dolerle el "No te quiero". La herida es un orgullo, una acción progresiva cuyo dolor sublima a quien lo lleva. El dolor verdadero sobreviene al esfumarse la anestesia: la herida duele ya sin gloria, con la vulgaridad de una muela en una madrugada sórdida de invierno.

*

Pasión es desilusión, disolución, disipación: perder lo que llamamos *mío* y *tuyo* y crear un nosotros pasajero, breve como el abrazo en que creímos fundirnos. El amor no conoce la piedad. Tampoco la tendrán quienes violen su sarcófago para hundirle la estaca de madera.

*

Pasión es revelación: el relámpago que parte el cielo en dos mitades no repetirá la misma imagen.

*

El amor es Narciso e inflige sus mayores heridas en el cuerpo. Cuando lo encuentras, el único antídoto se

llama Tiempo, ése que en el presente corre con lentitud agónica, sin esa sensación de eternidad y vértigo que la pasión imprime en su reinado.

*

Victorias en presente, batallas donde lucen los pendones de seda, los charoles ardientes, los aceros pulidos. En sus cargas suicidas, el deseo desprecia al espíritu, pues sabe que a la larga le espera la derrota. Retumba la tierra bajo los cascos de la caballería.

*

Claro que duele el alma. Cuando amamos está más cerca que nunca de la carne.

*

Te besaron aquí. El agua y los jabones supieron de su espuma mejor en tu belleza, y sales creyendo que en tu carne se han borrado las caricias. Renacerá la herida con esa violencia del ahogado cuando sale a flote, una vez que el mar se ha cansado de tenerlo.

*

Qué bueno ser mortales. Qué bueno volvernos polvo, tierra, huesos carcomidos. Qué bueno vencer por fin el apetito que se enciende, incansable, en los sentidos, como una ciudad de noche cuyas luces festivas ríen burlonas porque ya hemos gastado los boletos.

*

¿Qué hiere más? ¿La juventud ansiosa y sin pasado, o la madurez que ha visto deshacerse las ansias como espuma o arena entre los dedos? ¿Quién se hiere más en el otro: los años verdes que anhelan las armas de la experiencia, o ésta al sentirse incapaz de contener la energía del ser para quien toda la vida es poca y no lo sabe?

*

Y en el fondo es cuestión de equivalencia. Traición suprema de Narciso: qué, cómo, cuánto, hasta dónde somos en esa criatura que por oscuras, lejanas, primitivas razones, de pronto necesitamos por encima de todo lo que antes era parte de la vida.

*

"Una pasión malsana lo gobierna." "Vive una pasión tormentosa." ¿Y qué esperaban? Quien aceptó sufrir la Pasión por excelencia, nunca esperó que los clavos fueran a prolongar su tránsito en la Tierra. Y cuando su pasión llegó al punto culminante, la tormenta llegó para hacerle compañía.

*

El enamorado, el crudo y el deudo son sagrados. Si quieres ayudarlos usa guantes de seda, pinzas de terciopelo, cajas de madera donde puedan yacer entre algodones. Trátalo como si fueran vidrio. Son de vidrio: puedes mirar su corazón en llamas. Dale tus mejores cuidados al que ama. El crudo renace de milagro, a la luz del caballo o al golpe solidario de la piedra. El deudo aprende a vivir la muerte, hasta hacerla delgada compañera. Pero no se hizo el reposo para el que vive muerte por amores: muere cuando vive y muere más lentamente una vez que el estoque toca fondo, y no lo mata.

*

Los ardidos montan potro de fuego, yegua de lava. Su fulgor invencible avergüenza a los que no viven ni atreven, látigo de neón en la noche sin gloria de los prudentes, los felices, los no contaminados. Temibles, los dolidos: el orgullo de estar muriendo en vida los hace arrasar con todo: secan la hierba donde pisan; se plantan, con el mariachi en pleno, en el umbral de las vírgenes. Paquidermos en brama, convocan a la estampida, a la avalancha, al gran escándalo. Ponen en ridículo nuestras pequeñas formas de la dicha. Así las cosas, el ardido pareciera el más autónomo de los mortales. Pero míralo detrás de bambalinas. Luego de conjurar al Diablo y sus legiones, se desmaquilla frente al espejo, impávido testigo de su ruina, recolector sereno de sus lágrimas.

*

El hombre nace, crece, se reproduce y muere. La pasión nace, crece y muere. Sus fulgores son fuegos de artificio. Míralos resquebrajar la noche, belleza desgarrada en fatuidad gozosa.

RETORNO

NO intentes mirar más allá de la nariz y goza cuanto el olfato te conceda. Ningún tabaco en la lengua y los pulmones se compara al aire invadido por la nube que hace del que fuma un compartidor generoso. No hay café cuyo sabor se iguale a la alquimia del grano que se tuesta e invade con su aroma las calles de la ciudad antigua, riqueza volátil, rueda de la fortuna que borra por instantes la pobreza del barrio. Antes de que te pierdas por entero –pues te perderás no obstante los consejos–, goza del umbral y del preludio. No hay sentido más sabio que el olfato.

*

Reinan en el café los dos sentidos: el olfato y el gusto. Pero también el tacto, en la porcelana que brilla para recibirlo; pero también los ojos, que interrogan el fondo de la taza; pero también el oído, cuando truenan sus granos en el tueste o cuando el líquido –por fin– se derrama en la taza. Negro licor de blancos sueños, espuela para el triste, perro más fiel del solitario.

*

El fuego de los abandonados es de hielo. Neón de barrio pobre, infortunio de hoteles de arrabal. Choque de cuerpos que no aman; músculos que se hacen tristemente la guerra, en inútil venganza por el amor que siempre se les niega.

*

Todo hotel es de paso, como es de paso el traje, los vasos, esta tinta. Y el otro gran hotel, el cuerpo, un día se derrumba, cuando ya no lo ocupan los placeres, los monstruos de una noche, ángeles furtivos que supieron perder en los combates para ganar el cielo y volver a caer, interminablemente.

*

El timbre es cristalino, si tal palabra es capaz de traducir el sonido que viaja por el aire con intención de no apagarse, campana fundida con substancias del día: la transparencia del aire, la solidez luminosa que sabe poner en los objetos el color preciso. Es la voz del vendedor de helados, el timbre que convoca a los niños alrededor de la bicicleta que guarda, en su cajón hermético, el tesoro esperado: el cubo de aluminio que

rebosa nieve de coco, sólo tan deslumbrante como los dientes infantiles.

*

Cruel por sincera ante la fealdad y la vejez, la playa parece derramar exclusivas bondades en la juventud y la belleza. Pero la playa no tasa con nuestras pequeñeces. A fin de cuentas, su justicia es ciega y a todos nos recibe con igual asombro: gordos y calvos, enanos y efebos, ajados y nuevos vamos al baño milagroso que borra definitivamente las fronteras.

*

Cuando te repugne que el pescado en tu mesa alguna vez estuvo libre y dichoso entre corales –catedrales sumergidas donde el sol alcanza sus mejores esculturas–, piensa que el arpón que le dio muerte fue manejado por el hombre que comerá un ave que antes del impacto de fuego volaba sobre los manglares; y que el cazador de esa presa a su vez pagará en el mercado el trozo de carne que lo ayude a vivir. Cuando te torture la injusticia del hombre hacia las otras creaturas, piensa en el azar. Así como el arpón,

la bala o la mano del hombre eligen la muerte de otros seres, Dios reparte cánceres, tormentas, fracasos amorosos, para poder nacer todos los días e iluminar el mundo.

*

"Hablas como poeta", decía la muchacha del burdel. Siempre el como, el puente, el a punto de, el quedarse en la frontera. No soy poeta, nunca seré poeta. Si lo fuera, dejaría que las palabras se bastaran. Entonces se elevarían sin necesidad de artificios, sin estas palabras-combustible de un pájaro oxidado que no levanta el vuelo. Pero a veces, cuando la vida es y no se piensa, entiendo lo del pastor que sin serlo se sentía, aunque no cuidara de las ovejas. Y mientras vuelvo a perderme en la piel de esta mujer que es todas las pieles, me repito: no soy poeta, pero es como si lo fuera. No escribo versos, pero es como si los escribiera.

*

He trabajado todo el día, pensado todo el día, sufrido todo el día. No soy menos ignorante que ayer. La

muerte ganó terreno y yo sin poder decirle que estoy vivo. ¿Estar más cansado que ayer es una prueba?

*

De nuevo Veracruz. O habría que decir he aquí Veracruz por vez primera. Volver a esta ciudad es como apenas conocerla. Qué parecido el contacto con la ciudad a la posesión continuada, repetida y novedosa, de tocar en otro cuerpo el nuestro. Cierro los ojos, ciudad, y te pregunto si has pensado en mí, si te he hecho falta. Antes de formular por completo mi pregunta, te callo la boca a besos. Sé que eres de todos pero mía. En este instante de oro, cuando aún no vislumbro desengaños, en este abrazo presente, sólo estamos tú y yo, invisibles en el aire que sofoca y redime. Mojas con tus calores mi camisa; huelo tus aromas mezclados de café, tabaco y plátanos fritos. Escucho la aspiración consonántica de las jarichas que pasan, retumbantes como el mar en Mocambo.

*

Más que una ciudad, una prolongación del alma. Alguien lo dijo de Viena, pero entiendo la verdad de

esas palabras mientras camino las calles del puerto. La gente se divide en dos: quien ve en Veracruz una acumulación de vergüenzas y quien ama desde el primer momento y para siempre el mar grisáceo, las casas ruinosas. Ciudad para emborracharse de tristeza o por el puro gusto de estar vivo. Ciudad heroica, como si hubiera otras.

*

Caminar la ciudad es distinto a caminar por ella. Se camina por la ciudad con objeto de llegar a un sitio. Se camina la ciudad para gozarla, para descifrar los enigmas que depara individualmente a cada uno de sus enamorados. Caminar la ciudad es acariciarla, gozar la mutua seducción, entregarse al repaso paciente de esta cantera labrada, de aquel muro jaspeado por pinturas de generaciones que lo vuelven testigo de todas las edades.

*

Como en el amor, se regresa a ciudades conocidas con la esperanza de reencontrar los rastros familiares pero con el deseo de que todo sea inédito. Cuando ver-

daderamente las amamos, las ciudades envejecen con nosotros.

*

Vivir la ciudad es una fiebre de momentos, enfermedad que ataca con diversos grados de intensidad. Aunque nos preparamos para ser poseídos por la ciudad y poseerla, ella no siempre está con ánimos para recibirnos. La ignorancia del viajero reside en su ansia de posesión inmediata. Las ciudades son amantes a las que exigimos todo desde el primer encuentro. Para verdaderamente tenerlas, es preciso renunciar al deslumbramiento inicial, descubrir sus rincones invisibles. Recuerda, por ejemplo, el crepúsculo vivido en dos ciudades distintas: Villahermosa, Venecia. En la primera el Sol era un enorme disco de un naranja intenso; eras un adolescente tironeado por los demonios y comprendiste el sentido de aquel verso: "Entonces como una moneda se encendía un pedazo de Sol entre mis manos". Años después en el canal de la Giudecca te sorprendió el crepúsculo con tu cuerpo integrado en otro cuerpo, con el amor en los sentidos y en el corazón. Ahí supiste que nunca, aunque te lo propusieras, volverías a vivir ese crepúsculo y que en toda su historia

la ciudad no había tenido ni volvería a tener una obra de arte tan perfecta como esa puesta de Sol que hacía del cielo una hipérbole más grande que su nombre.

*

Se entra en la ciudad como en una mujer. Se asedia una ciudad como se pretende a una mujer. Se conquista a una ciudad como a una mujer, una vez que se pasa bajo el arco del triunfo. Las ciudades, como las mujeres, tienen sus olores, sus refugios, sus puertos de llegada. También, como las mujeres, sus navajas, sus condiciones, sus reinos traicioneros.

*

Mirar una ciudad mientras creemos que todos duermen es como vigilar el sueño de la mujer que amamos. Entonces a nadie pertenece sino a su materia íntima, apretada en sí. El contemplador puede así conocerla en detalle, admirar la vida parcialmente detenida, como una promesa de seguir siendo ella antes de que el día reviva el látigo mercenario de los relojes.

*

La ciudad es la casa que nunca duerme. Reino del viudo, compañera del solo y del mendigo, del sediento y el náufrago, la ciudad necesita nuestra savia. Fluyen toda la noche por las calles las huestes que la pueblan, fauna nocturna, lóbrega, luminosa legión de labios fluorescentes. "La noche es para los vivos. De los muertos se encarga el Sol."

*

Es preciso abandonar la ciudad que hemos vivido y hecho nuestra cuando apenas comienza a despertarse; cuando las primeras barcazas transportan a la gente de ribera a ribera del gran río, y el cuerpo renovado aún no sufre los rigores de la jornada; cuando todo está naciendo con nosotros y el milagro de la luz se consuma un día más sobre el planeta; cuando hemos obtenido lo mejor de las cosas que seguirán viviendo sin nosotros, pero ya tienen impresa la huella de amor que les dejamos.

Entonces es preciso retirarse, dar gracias por haber sido testigo del prodigio. ¿Por qué no nos es dado abandonar esta larga enfermedad cuando sonríe la vida y parece que todo está por suceder?

*

No persistas en llenar cada instante de infinito. Te cuesta ser feliz y no hay remedio. Tarde para empezar de nuevo, temprano todavía para irte, escucha los consejos de tu propia experiencia: asistir con asombro a la creación del mundo fue el mejor de los premios, y llegó varias veces. Por eso, antes de que se vaya este temblor que al invadirte cierra la herida del presente, escríbelo. Aunque esas palabras donde lo entregas todo, mañana te digan que escribiste en el agua.

*

Que me espere la muerte. Que se empape la perra, la mendiga, y se quede a la puerta; que eche a andar el taxímetro e imponga –la gran puta– los precios de sus gracias. Que me deje olvidarla cuando estoy más vivo. Que me toque y la sienta como bloque de hielo sobre la piel dorada. Ten piedad de nosotros, muerte linda. Brindar –tan salvajes– por la vida, es momentáneo triunfo de alejarte. Tu abrazo dura más que el aguardiente; tu tatuaje es más hondo que estos besos.

Me lo dijo el cubano y te lo escribo:
"El café hay que tomarlo con sus cuatro letras:
Caliente, Amargo, Fuerte, Escaso".

*

También el amor.

*

Dios tiene cuatro letras.

*

Y la palabra HOTEL
porque la H es muda
como todo lo útil.

*

Y todo lo que nos lleva o nos suplanta:
ALMA, ROSA, NIÑA, PUTA, BESO, TREN.

Para el amor cuatro letras,
también cuatro para Roma.
Que en ese espacio nos quepa
lo que llamamos la gloria
y tarde o temprano espera
su caída estrepitosa.

*

La mesa donde nacimos,
la cama donde morimos,
tienen también cuatro letras
y cuatro patas las mismas.

*

Tres dones para esta puta,
tres dones de cuatro letras:
la rosa azul de cuatro pétalos,
el amor que jamás la ha conocido,
la cama para el último combate.

*

Sólo los pendejos aman a las putas.

*

Y las putas aman sólo a los pendejos
porque sólo los pendejos aman a las putas.

*

De las cuatro estaciones de la Rosa
elige la que tenga cuatro letras.
El infierno te aguarda en las otras tres esquinas.

Calles

ELOGIO DE LA CALLE

Mais qu'importe l'eternité de la damnation
a qui a trouvé dans une seconde l'infini de la jouissance?

BAUDELAIRE

SALIR del cine
tras haber asesinado
en crimen perfecto a la miseria
y entre la multitud sentir
que todos los hombres son Charlot
y ver en todas las mujeres
a Catherine Deneuve.
Jugar a que los ojos son tijeras,
recortar los negros edificios
contra el cobalto del cielo;
desinflarle las llantas a los Cadillac
y esperar a su dueño enfurecido;
mientras deshojar poco a poco
un libro de Walt Whitman
sobre el río oscuro de la calle,
ver sus hojas danzar
con la basura del otoño;
arrebatar a músicos ciegos sus guitarras,

hacer con todas ellas una pira
y oír el concierto de cuerdas rotas y madera.
Arrojar por fin en el hotel fortuito
nuestro ser fatigado de existencia,
y a punto de capitular músculos y párpados,
amarte aún después de la batalla
aunque mañana al despertar otra vez nos
[preguntemos
aquí estamos, Ciudad, para qué diablos.

PASAJE ZÓCALO-PINO SUÁREZ

A César Rodríguez Chicharro

EL puñal más hondo, amada,
el cielo más bajo y más inalcanzable,
el bolero más traidor,
la sinfonía más pérfida,
todo se cita aquí.

Bajo humo y cieno las piedras permanecen:
sólo de ellas es el canto insumiso del pasado.
En Pino Suárez y San Salvador llega la lluvia.
Las dos torres de catedral naufragan, a lo lejos.
Ni bajo la lluvia somos todos iguales:
cámara en mano, los turistas corren
al aire acondicionado de ese autobús
del largo de la cuadra.
Las parejas besándose en las bancas
coinciden en la misma puerta
del mismo miserable hotel de paso.

Pero no nos quejamos, ciudad, amor mío,
aunque hoy sea domingo y fin de quincena para
[colmo

y hasta los boletos del metro estén mojados.
Por aquí entraron también Zapata y sus soldados
(una de cal por las que van, siguen,
seguirán yendo de arena),
desayunaron, saquearon, bebieron, amaron
meseras del Jockey Club y todo Plateros, hermosas
como esa muchacha que ahora asciende
toda relámpago azul, dorado y chanelísimo.
Por estas mismas calles caminó un hombre
que nadie sabía si iba o si venía
(Lo único cierto es que iba de regreso
cuando otros –que nunca llegarían– apenas iban),
pero al contrario de muchos otros que al llegar a la casa
despiertan a la mujer,
la aman, la lloran, la besan, la vejan hasta el alba,
porque no tienen de qué hablar con su propia sombra,
encendía una vela, corta y sucia,
y a su débil luz vivía por otros.
Ahora, bajo los dinteles de Casa Calimaya
miro los autobuses alejarse
con el recuerdo del Corcovado
y de sus pechos privilegiados
(cualquier semejanza con Gabriela Flores
es absoluta y alevosamente intencional).

Yo sólo tengo una moneda y marco tu teléfono
sin saber si la ropa mojada es por la lluvia
o por las ganas de llorar,
de orinarse encima de todo,
cual borracho.

CINE MÁXIMO

Ayer se fue, mañana no ha llegado
QUEVEDO

NI traje de luces ni ovación de gente
(mar rumoroso incitando su espuma entre
[butacas).
Ya sólo las palomas que la tarde lleva
a buscar el lecho
en tu rostro ignorado por el mundo.

La cortina baja, como antes, cuando los héroes
preparaban yelmos y armaduras
(Entonces ignorábamos
que habría de perder su nombre el viernes).

El barandal, ajeno a las caricias
de sudorosas manos siempre amantes,
más cálidas aún por las monedas,
nave y pasaporte a otras latitudes.

Por largas escaleras que la luz negaba,
subíamos hasta encontrarnos otro aire,
prisionero entre muros, más libre y azul
que el cielo de afuera.

Arriba, la altura y el silencio te pertenecen.

Abajo el danzón del cabaret bullente,
el borracho blasfemo en una esquina,
el niño que te observa desde un mundo
en que el dragón habita sus entrañas,
sin héroe que lo mate, sin Sigfrido,
buscando entre tus ruinas las armas enmohecidas.

CALLE NUESTRA

TARDE o temprano,
cuando se mira la verdad desnuda,
sabemos que no basta la emoción transmitida,
aquel jirón del cielo que regresa
a contemplar su rostro en este charco.

Y hay que armarse de valor para aceptar que
[repetimos
lo que otros han escrito mejor:
tener la humildad para aceptarnos
felizmente mediocres,
más dueños de la calle que de los libros alcahuetes,
andar bajo la lluvia
sin buscarle palabras a ese acto
y empaparse hasta el alma,
y empaparse.

PERSHING SQUARE

COMO si el alba que asoma entre edificios
fuera el inmenso gong que los convoca,
llegan de todas las calles a la plaza.
Saben que las palomas
alimentadas por manos avarientas
son sucias, crueles, falsas
como el sol en sus huesos ateridos.
Si conocen la ballena
es porque habitan sus entrañas,
no por aquella que recibe
aplausos y caricias en acuarios.
Saben del mar por su amargura,
no por el oro y la turquesa
que el cuerpo de los otros
en Santa Mónica reclama y hace suyos.
Su reino es hierro, cemento, algunos árboles,
limosna de la ciudad en agonía
y que el vidrio duplica estérilmente.
Tigres que nos sostienen la mirada,
guardan el último secreto
que habrá de permanecer cuando edificios,
poder, cielo vacío,
se derrumben en medio de sus risas.

Sus armas son las mismas del que odian:
cincuenta centavos, el café o el alcohol,
según sea el caso,
y la voluntad de morir, tendiendo sin motivo
puentes entre uno y otro día.
Porque sólo ellos son dueños de su cuerpo,
del día que comienza
y del orgullo, flor insobornable
en la solapa del traje que no tienen.

LA ARMADA INVENCIBLE

VIEJOS, esplendorosos, remendados
cines de rancia estirpe. Paraísos
del pobre, sarcófagos del viudo, compañeros
de las primeras manos amorosas.
Fuertes como los fuertes del desierto,
~~añejos~~ como castillos, polvorones
de sus ajadas pieles terciopelo,
prestigios de falsos condes
en castillos y criptas de cartón.

Todo en los viejos cines sabe a barco:
hay orines que impregnan
el azulejo triste; blasfemias y oraciones
en salitrosos muros
y legiones de ratas
que libran, como los otros héroes,
batalla campal contra la gatomaquïa.

Anclados en los muelles
de ciudades sin mar,
alzan sus costillares
que sostienen al cielo.
Parientes de los saurios,

son grandes como ellos
porque grande es el número
de los pobres que hallan en su vientre
los carruajes y el reino que les faltan.
Maya, Florida, Máximo, Coloso,
nombres de grandes barcos
a punto de la hora vesperal
cuando la luz se hacía y comenzaba el viaje.

Ilustre Juan Ruiz de Alarcón,
triple programa en el cine de su nombre.
Los primeros desnudos de la diosa
tan besada por otros, tan deseada:
la luz Marylin Monroe para mis ocho años.
Navegatas tempranas del domingo
cuando Marte en la Tierra,
viajes submarinos, legiones extranjeras
nos lavaban el alma.
Como las siete casas,
los cines eran templos:
películas selectas del Rex y el Insurgentes,
vigilias de hombres solos en el Río,
y a la salida del Teresa, ese cardumen
de sirenas brindando sus venenos.

Armada Invencible de mi infancia,
grandes galeones reales, atalayas
para soñar el mundo, que es vivirlo.
Hoy paso revista a esa flota
anclada en mi memoria,
obediente a mis órdenes de capitán imberbe.
Hoy encuentro esas naves
comidas por el sol, bajo la lluvia.

Así nos acabamos.
Así nacen los otros,
me digo cuando el tropel de niños
nimbado por el viernes
se sume en la penumbra
de este cine de barrio.
Entran al cine Gloria –y no es pleonasmo.
Por el *cielo tiñoso y limosnero*
perfilarán su quilla los neones,
cinco letras del nombre misterioso.
Afuera los aguarda, en años que son meses,
el umbral palpitante del Hotel Paraíso.

HOTEL IVANHOE

EN el Hotel Ivanhoe
todo plato está herido
por los dientes postizos de la muerte.
Los fantasmas no se atreven
a cargar las maletas,
mucho menos a hurtarlas:
en el registro los clientes no declaran
más equipaje
que su esqueleto en mangas de camisa.
Nadie se cuida de limpiar los espejos
porque en ellos no buscan los perdidos:
la navaja de afeitar
es instrumento para el morir del otro,
el último favor del condenado.

Cuando la noche suelta a sus pupilos
y un anillo de niebla
oprime la garganta de la luna,
liturgias privadas se organizan
en el Hotel Ivanhoe.
Hirsutos, lambrijos, desconfiados,
son los perros del perro callejero.
Raquíticos templarios,

prueban sus virtudes en la mesa de paño,
un voto de silencio en la mirada,
y en su cielo el rosario
que cuenta los minutos de su duelo.

Si el fuego invadiera esta ciudad,
no tocaría el Hotel Ivanhoe:
el infierno se halla repartido
equitativamente en cada cuarto.
Las toallas son jirones de banderas
y una gota perdida de perfume
se desvela en la sábana del loco.

Si quieres un cuarto en el Hotel Ivanhoe,
no es necesario reservar.
Búscalo en el centro
de las viejas ciudades
que saben cuidar sus dinosaurios
Cambia de nombre, pero no de códigos.
Respeta tu penitencia o tu alegría
y sabe fortalecerte en la batalla.

CITADELLE

ENVEJECEN las cosas de mi casa.
Se desyuntan sus mástiles; el agua
entra cuando no debe;
falta cuando la sed la llama.
Hoy le duelen los codos al lavabo
y mañana los vidrios enemistan
el pedazo de cielo que me toca.
Los sillones de heroicas cicatrices
que nos vieron, mi amor, desaforados,
piden mudar de piel.
Las paredes reclaman
su blancura perdida,
semejante a la hoja en el preludio.
Envejecen las cosas de mi casa.
Vienen oscuras tropas a salvarla
y se llevan mi sueldo.
Todo tiene remedio, cosas, telas.
La piel tiene un bolero que acaricia
y la ropa una plancha que la abrasa.
Llega el sol de diciembre a pasarnos revista.
Al fin de la ceremonia
coloco un gran espejo
donde mi casa ostenta su alboroto.

Y mi ciudad pequeña
en ese azogue nuevo se abrillanta.
Resúcitan las cosas de mi casa.
Menos su oscuro general,
su dueño, su habitante.

VIEJO CENTRO

ATRÁS quedan el sol y la caricia
que tiñe de naranjas que luego son azules
estas naves varadas, espectro de una flota
que nunca ha navegado.
Intrépidos actores practican
su vals contra la muerte;
ejércitos de ratas
salen a devorar los tránsitos del día.
Revive la gran armada de mendigos;
juntan monedas rotas en los atrios
de antiguos palacios,
bajo el lujo barroco de una piedra
que miran platearse con la luna.

Y hay un instante en que la ola
de la vida que late en el silencio
inunda las calles del centro.
La hora cuando los antros
expulsan a los actores de la muerte
y el alma del alcohol
se consagra en la lengua de la víbora.
La hora en que la puta y el mendigo,
el insomne y el náufrago,

el onanista manco,
beben dosis de olvido.

En esa hora muda, paralítica,
el Viejo Centro nace.
Antes de los primeros trenes,
un tambor anticipa a la trompeta
que nos devuelve al lunes de la infancia.

El Viejo Centro
se anuda sin nadie la corbata
como un anciano digno,
feliz la camisa reluciente,
orgullo de ser varón
de esta parte del mundo
donde engendró la vida.

RITUAL DEL NAVEGANTE

AMANECER.
La vida pasa lista de presente
y tú no estás en ella.
Te palpas, buscas en el azogue
y no eres el que eres.
Oponen argumentos
tu manera de andar,
tu peso que rechina en la escalera.
Ritual del navegante:
hora de maquillar la bestia,
y soñar vellocinos y doncellas.
Hora de pulir las armaduras,
desplegar los pendones y salir.
Hora de mirar a los dioses frente a frente
y decirles que aceptas la batalla.
Aunque esta noche no vuelvas.

LA DIOSA Y LOS VÁNDALOS

EN un local del barrio
colocaron la fotografía mural
de una joven desnuda,
en su carne la luz del mediodía,
en ojos y boca, la invitación al viaje.
Entreabría una persiana
que le develaba el rostro
y detrás, en penumbras, sus turgencias.
La publicidad rezaba:
"Haz que te vean".
Era como una instrucción para el pasante,
la oración de nosotros a la diosa.
Al quebrar el negocio,
se llevaron los muebles, los teléfonos
y los demás tesoros.
La dejaron a ella.
Durante varios, demasiados meses,
el día era mejor al saludarla
y el obrero que volvía
por la calle empinada,
frente a esa imagen
burlaba su cansancio.
Bajo la lluvia o ante el viento,

ella nos observaba
sin más armadura que sus pocos años.
Una mañana,
su rostro amaneció desfigurado;
en sus hombros, la cicatriz de las palabras
que acompañan en vómito a la muerte.
Primero pensamos
que la sombra obtenía una nueva victoria,
avivada su sed por nuestra rabia.
Y luego agradecimos el milagro
de haber tenido a esa muchacha entre nosotros,
limpia y desnuda,
como fue la ciudad edificada
sobre andamios de música.

JABONCITO DE HOTEL

ADELGAZADO, ya casi transparente,
vaticina en la palma de la mano
los senderos del día.
Me iré antes que él, y su perfume
no tocará la piel del otro cuerpo
sucesor de mi espacio.

Te doy las gracias
por hacerme mirar mejor plantado
el árbol que sostiene a la mañana
o por abrir con tu mejor frescura
las faldas de la noche.

Breve como el amor, insuficiente,
te juntarán con otros
pequeños restos de lo que fuiste
y seguirás corriendo bajo el agua,
pero no serás más tú,
ni tú ya más en mí.

LA MUCHACHA DE AL LADO

A Clara Morán

DE la muchacha de al lado lo sé todo. La historia que me cuenta no es materia de bando ni rumor de pasillos. (Escucha cómo suena el roce de la falda contra sus largos muslos.) Ocupa, sin embargo, la plana primera de mi vida. Es el reloj del solo, el diario del soltero. Se llama con un nombre para todos, pero es para mí la luz que, al despertarme, carece aún de nombre y encandila mis ojos una vez que se aleja. Entonces adivino la talla de su blusa, el perfume en su pulso, los cincuenta y seis pasos y medio que da para llegar desde su casa al coche. Le declaro mi amor a sus zapatos y al moño que corona su azabache. A la ropa que tiende y al sostén arrullado por alisios. Mi muchacha de al lado vuelve a casa. Por mis oídos entra la relación del día: el modo como apaga el coche me dice si la han besado como se debe o si la ciudad se ha conjurado en contra suya. Cuando cierra su puerta, saboreo las palabras que teje, siento el peso de la ropa que castiga al arrojarla al cesto, aún con el perfume de su cuerpo, ya sin el tacto de su cuerpo. De la muchacha de al lado lo sé todo. Tanto, que cuando tenga novio,

le diré que se baña a las siete y tres minutos; que canta una sola canción, siempre incompleta; que en la ausencia es más clara que su nombre. Y le daré la almohada en que la escucho, cuando la sé en la suya, cerca como la puerta de al lado, lejos como si entre ambas puertas se tendiera el océano.

COMO los estibadores y las prostitutas, merecen descansar antes que nadie. Han cumplido su oficio y regresan manchados, grasientos, olorosos. Saben que el descanso del justo los llevará –flamantes y repuestos– al combate del día siguiente como si nada hubiera sucedido. Seres de fauna única, se saben gobernar por leyes propias. Se dice "huele a tren", como "huele a lavanda o a muchacha". "Caballo de hierro" lo llamaron los hombres al mirarlo atravesar campos de trigo, tramontar serranías, acelerar revoluciones en Arabia y Sonora, en las estepas rusas o bajo el sol etíope.

Cuando los trenes duermen en sus patios, sueñan con el primero, un tren de plata, luminoso y sin mancha, como el día en que Dios puso su firma en el planeta. Duermen los trenes, seguros de que guardan las mejores fantasías del hombre. Los trenes son los únicos que viajan. Lo demás es ilusión de viaje. Lo más importante de la vida, cuanto es esencial, insustituible, ocurre a bordo de los trenes.

En sueños atraviesan la mirada sedienta de William Turner; se detienen para que sus vapores jueguen a trenzarse en la luz de los cristales, ante el pincel ner-

vioso de Monet; llegan a plazas de sombra donde aguardan –impávidas, puntuales– musas de Giorgio de Chirico, mujeres insomnes de Paul Delvaux; irrumpen en suaves patrias de Velasco, donde se transforman en aguinaldos de juguetería.

Mueven toda la noche sus ejércitos; anuncian su desfile con un coro de lobos desvelados. Hermanos de la llave goteante, de la lluvia sin cuerpo, del fantasma del perro en el ladrido, son consuelo del pobre y del suicida. Devotos del llanto, eligen la noche, para llorar a solas y en voz alta. Lloran por la ciudad vencida, por orgullo. Se saben ejemplares póstumos de una raza de hierro más perdurable y digna que la humana.

Al lado de ciudades ambulantes nacidas de su entraña; sobre los durmientes y los rieles, cruzan nuestros trenes. Afina los oídos en mitad de la noche; adivina su voz en tu cama sin nadie. Ellos velan, aunque duermas. Y si ya no los oyes, aprende sus paréntesis: no hay silencio más puro que la estela del tren en la memoria. Como la cama adúltera cuyas sábanas ya no tienen la mejor agonía de los amantes, pero aún se estremece en el recuerdo, la niebla entre las vías mantiene la pureza de todo cuanto sabemos inminente. Conserva su silencio en tus oídos. Escucharás mejor cómo afinan los trenes la música del día. Purifícate

en ella: es un agua de plata que transmina tus huesos hasta el alma.

Mester

VENCER A LA BLANCURA

Para Alicia Trueba

COMO el pez que boqueando sobrevive,
aquí estoy sin ver el mar ni en sus orillas,
tratando de tejer con espumas mi mortaja,
víctima de mi vanidad y mi delirio.
Suelto la brazada y sólo la arena me responde,
quemándome en su silencio venenoso.
Hablo
y mi palabra se deshace en el aire
sin soltar sus arenas sobre el tiempo,
robándome a mí la que me queda.
El barco navegaba en mar abierto
y el silencio apareció sin anunciarse.
¿O es que debía estar preparado,
como el loco que sabe que es de día
y anhela la luna intrusa entre los mármoles?
Ayer el mar cantaba por nosotros,
el cielo habitaba los pulmones
y era nuestra bandera el sol marino.
Con el cuchillo entre los dientes
sentíamos el tacto de la seda
más seda bajo los polisones;

la palabra existía al abordar las naves,
espuma jubilosa coronaba la cólera marina.
Hoy,
rendido el viento al sol inconmovible,
las velas olvidan sus verdades.
Sucios y barbados vagamos por cubierta,
con el sol quemándonos el alma
sin voz de vigía que nos descubra naves,
sin gaviotas heraldos ni licores.
Y es un aguijón que el mar sepulta
en el pecho de la rosa de los mares:
soy Francis Drake bogando en el desierto.

El viejo que se lamenta solo bajo el cielo
ahora vive y muere entre nosotros.
Al mirarnos, las manos, las heridas,
las palabras escritas en los muros,
la labor de profetas es de todos.
Otros vientos habrá de levantarse
y otros hombres
habrán de caer mientras arriba
siguen volando las gaviotas.
El cielo, desde su nombre, miente.
Mienten sus nubes luminosas
proclamando una paz que no es la nuestra.

Despierto a la vida y no estoy en un barco.
No soy ballenero sino hombre de la calle.
No es el ataúd flotante, es una mesa
(los mismos tiburones me rodean
y el más feroz me mira en el espejo).
No es el mar del sur, es el puerto.
Por el malecón de Veracruz pasean parejas,
los marineros beben en la plaza
mientras la banda toca valses viejos.
El vaso que está sobre la mesa
me mira desde su infame transparencia:
Pero mis exploraciones no fueron
más allá de las columnas de Hércules
y siempre que los tifones me golpearon
mis pies estuvieron sobre tierra.
Mis tempestades fueron entre muros invisibles
y no hay aquí naufragio que lamenten
ni héroe al que se llore y se sepulte.
Antes, después de estas palabras,
muchacha es el adjetivo de muchacha
y nada usurpaba este domingo
cuando el alba abrió su flor esbelta.
Pero el hombre quiere mirar
más allá de la transparencia que lo engaña,
buscando los rostros de los otros,

buscándose en el rostro de los otros,
esperando la gota que derrame
el vaso que lo ata prisionero:
lento el poema nace en una mesa,
potro de tortura en el que nadie sabe
si el poeta o la palabra es el verdugo.
Vuelve a mirar el vaso y piensa en la botella
que flota por el mar
hasta tocar la arena en su oro auténtico.
(Detrás de la botella estuvo un hombre
que supo desnudar sus propios ángeles
y quemarse en las llamas de su infierno.)
Pero la botella no es transparente
ni cuando el día
arroja su flecha y la hace verde
el mar en la cresta de sus olas.
La transparencia es sueño y otra mano
al despertarla inicia los prodigios:
la palabra contenida se hace grito,
se une al chillido de pelícano,
al resoplar de la ballena en celo,
a la risa del niño zambulléndose.
La palabra es alga que sube por el brazo
y para que el hombre sienta sus heridas
llega hasta su corazón y lo atenaza.

La hermosura tiene entonces nombre:
hunde su peso leve
y la arena que el sol y el agua pulen
revela otra presencia:
Viernes.
Se mira sonriente el mar abierto,
la espuma es encaje de nacimiento
y no sudario,
el pelícano obtiene pesca entera,
la ballena quiere llegar al sol en cada salto
y el niño se arrulla entre las olas:
que todos los días sean Viernes
y todo Viernes puerta
y que por una vez el mundo sea de todos.

Y el hombre sigue aquí, como la música,
como el paseo en torno de la plaza,
como el mar
mordisqueando los cascos en el muelle,
advirtiendo de próximas tormentas,
como el marinero que sale del servicio
y fuma un cigarro y mira a las muchachas.
Todo es igual que ayer
menos lo que adentro
sangra sin sangre al que se atreve

a tomar las palabras y besarlas
aunque después del amor nos den la espalda.
Crece la noche con el ruido.
Las parejas caminan por el muelle
(ya se ha dicho y se seguirá diciendo:
el amor nacerá sin repetirse)
y yo estoy aquí
buscando las armas que rescaten
la palabra de manos del silencio.
Quiero habar del mar, lo nombro,
lo traduzco a un lenguaje de pájaros y barcas
y a fuerza de nombrarlo
olvidar su nombre propio y poseerlo.
Ahab y Jonás odiaron a la ballena
y ella no ha regresado a sus océanos:
el odio ancestral abre sus fauces
y busca carne de hombre para el tiempo.
Pero no nos volverá a encontrar dormidos:
allí donde el sol hiera un muro blanco
estaremos hablando otro esperanto.
Otro arpón, Queequeg, otro arpón,
aunque la fragua no dé para tantos
y de cada mil tiros uno acierte,
entre a buscar la vida y salga a chorros,
con la alegría del mar en primavera.

Oh capitán, mi capitán,
por ti no están doblando las campanas:
es el rayo azul de la guitarra eléctrica
y la voz de una muchacha
que se muere de amor
en el corazón de un país enfermo,
como un barco en llamas
que no puede apagarse en medio del océano.
No escapaste solo, Ismael,
otros burlamos a la muerte
para combatir la blancura duplicada
y vencer o llevar el bote a pique.
No por la taza de café hirviente
ni por la frazada sobre el cuerpo naufragante
sabré que estoy entre los hombres.
Yendo hacia ellos, contra ellos,
sentiré que regreso entre los vivos
y no soy un cadáver más
muriendo entre cadáveres.
Yo no quiero saber:
sólo mirar sus cosas, no su sombra.
Otros tomaron las armas que hoy rescato
y ahora caminan ciegos por el muelle.
Me he armado con sus glorias,
he afilado sus sables,

me he *parado a contemplar mi estado*
y al fin la soledad me ha recibido.
Ahora suena el grito de combate:
que la palabra no quede entre las rocas,
llorando el mar que se quedó a lo lejos.
Que busque otro mar todavía virgen
y la palabra sea huidiza y traicionera
y al tomarla nos diga "ésta es la vida".
Pulmón al que hincha el viento, anuncia
la nave que nos quite
la mordaza del tiempo y nos bautice
con el nombre del que fuimos despojados.
Que nadie pierda ni descuide
el palmo de vida que conquista:
todo cuanto el hombre avance contra el odio
será para el futuro signo de victoria.
Aquí no hay que llorar ni por qué hacerlo.
Conmigo, en mí, está un hombre
que sabe que el mar no tiene fruto
y parte al amanecer con redes tercas
aunque a la noche vuelva más vacío
y la muerte afile
en cada derrota su guadaña.
Llego solo al final del día,
deshecho como la cama que no es nuestra,

pero que acaso en silencio garantice
el paso a esa hoja
en que hallemos las máscaras auténticas.
El adolescente más feroz se levantó en armas,
vomitando en el mar sus maldiciones.
Ahora yace borracho y en la arena
mientras la sombra de su hermano
escribe en los muros de Montevideo
una plegaria al dios que le hace burla.
Pero hay que volver a Ser,
porque el hambre de ser hombre
me hace buscar los sueños de los otros,
cañonear sus navíos, tomar a sus mujeres,
ser su grumete, fregar sus cubiertas,
subir en bosques erguidos sobre el agua
y ser por un instante Dios en esa cópula
donde agua y cielo se vuelven uno solo,
aunque después la soledad levante muros
y en cada crimen expanda sus dominios.

Cierro los párpados para escuchar
la pujanza del mar que no termina.
Cuando despierte aún estará allí
y volveré a mirar su viejo rostro.
Conoceré desiertos más estériles,

mas no aceptaré
la caricia traidora de la espuma.
Que nadie se engañe:
el barco está empezando a hundirse.
Los marineros duermen borrachos en cubierta,
los astilleros están abandonados
y los bosques desnudos.
No hay estación más justa.
Arriba las jarcias, camaradas,
habremos de combatir vientos contrarios
y salir otra vez al mar abierto,
aunque no pueda vencer a la blancura,
aunque no pueda vencer,
aunque no pueda.

SEÑORA

Para Alí Chumacero, en su juventud presente

Pero después, pobre sin ti de todo,
A tu voz que llamaba, o al sueño de ella,
Vivo en su servidumbre respondió: "Señora".
LUIS CERNUDA, *"La poesía"*

I
(LA MIRADA)

MÁS que la voluntad de hacer
La indolencia encendida de los ojos
Más que el aire invadido por los verdes
La ventana y el marco y la figura
Más que los antes los siempre los ya nunca
Este no ser y estar en el instante
Más que la herida fresca de la tinta
La serena sonrisa de sabernos
Ocupados finitos y completos
Cuerpo ya del paisaje
que seguirá viviendo sin nosotros.

II
(LA POESÍA)

MANCHA expansiva de café vino o aceite sobre
un mantel en blanco.
Llegaste cuando debías. Tu carruaje como tienda de
[gitanos.
Tus anillos con forma de serpiente
ávida de tocar, morder, meterse, enajenar.
No llegaste montada en el potro de lujo donde a
veces me ha tocado cabalgarte en pelo.
Eras, como las hembras donde se queda el verano,
tienda humilde por fuera.
Se filtraban en mi sangre voces de otras mercaderías.
Mi abuelo murió loco.
Mi padre tradujo el idioma de los acantilados
y surcaba las noches
montado en la bruja roja de las anfetaminas.
Y tú llegaste, a veces con tus grandes pechos,
otras con tus pezones niños.
Y pensé que eras para mí.
Afuera esperaba, impaciente, un regimiento.

III
(LOS POETAS)

...ces poètes-là, voyez-vous, ne sont pas d'ici bas: Laissez-les avoir froid et faim, laissez-les courir, aimer et chanter: Ils sont aussi riches que Jacques Coeur, tous ces fols enfants, car ils ont des rimes plein l'âme, des rimes qui rient et qui pleurent, qui nous font rire ou pleurer: Laissez-les vivre: Dieu bénit tous les miséricords, et le monde bénit les poètes.

JEAN-ARTHUR RIMBAUD,
"Charles D'Orleans à Louis XI"

CÓMO servirte bien sino viviendo
siempre al filo del tiempo. Navajazo
que en la sed de llegar garabatea
el perfil de la muerte pero abre
su plateado abanico de preguntas.
Cuando pides, puntual, las cuentas claras,
desconoces las horas del insomne,
el aguaje de alcohol donde se cura
tu ejército diezmado.

No eres la sabiduría pero conduces a ella.
No eres la locura pero sabes
imantar las agujas hacia su norte erecto
y reordenar el mundo en tus corrientes.

No eres el abismo: nos conduces
al palmo de tierra anterior al vacío.
No eres la felicidad pero tus siervos
encuentran la indescifrable dicha al procurarte.

Se llaman poetas.
Buscan tu cuerpo al fondo de los vasos
y en ellos se pierden.
A veces el mar los devuelve, ahogados luminosos.
Quién pudiera brillar si no brillaras
en tu fastuoso traje de tragedias.
(Usted no es la culpable,
Seda Desatada, Inocente Lujuria,
si sólo da la seña y no el camino.)

Escúchalos, por eso. Dales, Señora,
los perros pastores
para guiar el rebaño.
Déjalos armarse como puedan
y no les pidas códigos ni leyes.
Es ancho y lóbrego el océano
y toda trampa vale.
Déjalos ser piratas o grumetes,
náufragos en tus islas,
Viernes en días claros.

Ruidosos sus banquetes, atronantes los cielos
profanados por su cohetería.
Piensa en sus largas horas de vigilia,
cuando tú no te muestras y ellos yacen
en andenes desiertos o en tu teatro vacío.

Déjalos ser. Ilumínalos y piérdelos.
¿Dónde estás si no estás, si estás apenas
cuando ya te dispones a marcharte?

DISECCIÓN DEL OTOÑO

EN parques y caminos del planeta
estos árboles cumplen sus estaciones.
Hace todos tus años que los miras
obligado a tratar de comprenderlos.
Ellos pueden vivir sin tus palabras
y tú puedes vivir sin traducirlos
a columnas de un templo sin portones
cuyo techo es el cielo encapotado
o tenso en azules por abril.

No es verdad. Te engañas. No te basta
la plenitud de estar en este parque,
humeante tu corazón como el café
o tu aliento en el vidrio del aire.
Tú no puedes mirar sin obligarte
a escribir tu mirada, al sentir el empuje
de una vida más larga que la tuya.
Las palabras que usas,
son palabras ya dichas, vividas por los hombres
y tu desgracia no es. Escucha a los árboles
en su verdad de ser, en su estar sin más pena
que aceptar a la ardilla y los inviernos.

Cuando tú los miraste en otra tierra,
quisiste traducirlos. Llegó el momento
cuanto tocaron más allá de tus pupilas
y no bastó sentirlos. No sucumbas ahora.
Entrega tus oídos
a la música tendida entre los árboles
y sus dedos de niebla.

No estorba el corazón si no lo exhibes.
Brasa al rojo, aunque escalde tu mano,
camina como andas
y así escribe: acepta la herida sin mostrarla.
Sólo entonces comprenderás por qué los árboles
son el gran esqueleto del otoño.

INSCRIPCIÓN EN MÍKONOS

RESERVA un sitio
para los varones que tuvieron
el altísimo honor de naufragar.
Para el de corazón sobrado
que descifró el idioma
efímero y volátil de las hembras
que le tocó tocar.
Encuentra la manera
de no revisar el pasaporte
de quien supo traducir
la belleza del mundo, conjugada
en la creación perfecta
salida de tu taller de laudería.
Desconfía de quien te diga
que nunca sufrió por una pasión
–tú, que en nombre del amor la padeciste–
porque nunca podrá ser elegido ni merece
las primeras heridas del combate.
Y cuando lleguen a tu reino,
no pidas a tus ángeles
servicios de emergencia
aunque los mires sangrar más que los otros.

RITUAL DE PASO

ESTAR adentro
es aceptar el mundo sobrecogedoramente
y saber que la balsa, memoria de la tierra,
puede volcarse en cualquier minuto,
igual a los vaivenes del corazón.

Heme aquí, Poderosa,
entregado a tu hechizo.
Trazan los zopilotes en el cielo
caligrafías de siglos.
El azul es más hondo que sus negros
y el cielo más sereno que las aguas
poderosas, traidoras, sorpresivas.

Hablar del corazón
cuando la vida puede,
cuando la piel ordena.
Huele a tierra y a musgo. Huele a cielo.
A lagarto varado, a ceiba partida por el rayo.
La vida puede más que el pensamiento
cuando lo que pensamos nos lastima.
Uno es el pensar del sabio.
Otro el trabajo del lanchero

cuando esquiva los troncos y nos baña
en las aguas lustrales.

Descender es crecer,
aunque a primera vista no se note.
Quien explora tinieblas ilumina
como los soles eclipsados.
La mano del lanchero
es el solo gobierno que disputa
la autoridad del río.
El hombre no sabe pero siente
el corazón latir en sus tendones
y por su mano hendimos
este escorzo de Dios en el planeta.

Lo miro con la piel.
Lo respiran mis ojos.
Con el corazón te exploro y cuando abro
tus muslos y reclamo
tu fastuosa humedad y tus olores,
el mundo me responde.

Si mis dedos atrapan
la obesidad precaria de tus pétalos
o los peces dorados

en medio de tu bosque submarino,
el corazón es buzo y es minero.
Cuando penetro y cavo, y aproximo la llama
el alma del cartucho,
el corazón sonríe,
brota el chorro dorado de la veta,
sacan manteles largos en el pueblo.

Y siempre serás más,
tan Tórrida y Mojada, tan Sin Freno.
Se me termina el tiempo y estoy siempre al principio.
Yo no te he conocido. Te vislumbro.
Pero ya necesito
tu modo de mirarme
aunque hubiera vivido sin saberte.

Irás a mi lado cuando compre naranjas
o sorba la pulpa de las granadas chinas.
O me interne en el día,
con el perro como otro corazón
y veamos nacer un tren entre la bruma
y palpitemos, poderosos,
como el alma del tren, como los rieles
que soportan el peso y aceptan su trabajo.
Esto que soy es lo que tienes.

La lancha vuelve al punto de partida
y no somos los mismos.
Lo sabremos después, desembarcados,
vestidos para la calle y para el mundo.
En medio de la plaza
pronunciaré tu nombre,
ése que destinabas
para hacer más brillantes mis pupilas,
oculto como estaba por la arena.

DOMINGO

A Darío Jaramillo Agudelo

ESE hombre está solo.
Entra en el vestíbulo
del edificio a oscuras.
Domingo es el nombre de la muerte.
Saluda al soldado que hace guardia en la entrada.
Entra a comprar cigarros en la farmacia.
Uno hojea revistas
y elige a la diosa de papel
que habrá de acompañarlo
a su cuarto de solo.
Otro mira el alcohol embotellado
y repasa los nombres del Demonio.
Cuando regreses, Johnnie Walker te estará esperando.
Afuera y adentro hace Domingo.
Larga losa su tiempo. Sopor sin brisa su transcurso.

Ese hombre está solo.
Escribe en los muros y en el alma,
obliga a su mesa a que revele
la intimidad de su materia.
Ha cerrado las puertas a la dicha.

como el primer día de clases
o el preludio del encuentro amoroso,
cuando todo queremos,
cuando nada podemos.

Ese hombre está solo.
Pero como el náufrago lamido por el mar.
Como el farero
a quien saludan barcos y sirenas.
Verdugo que vigila los filos de su hacha,
frente a su hoja en blanco
conjura todos sus ángeles y disfruta su miedo.
Avanza sin mirar atrás.
Ya no escucha la voz de las sirenas
que le cantan "Afuera está la vida".
Cuando termine –cuando crea que termine–
nunca sabrá que lo velaban
todos los hombres del planeta.

AL PIE DE LA ESTATUA DE FRAY ALONSO DE LA VERACRUZ

VIAJARÁS, amarás, no harás fortuna. Tu sed será mayor mientras más bebas y más vastos océanos reconquistes.

Mitologías

SPIDER MAN BLUES

A Benjamin Burgess

ELOGIO del tiempo antiguo.
Escalabas los viejos edificios
y eran las azoteas
tu dominio completo: tendederos,
pianos en el desvelo, plenilunios
aliados del licántropo y el loco.
Todo el tiempo era tuyo y no sabías.
Patrullabas los barrios sin temores
al asesino en turno. Mayor era tu crimen:
estar en el mundo con dos caras
y en las dos serle fiel al heroísmo
desconocido y breve de ser joven.
Encima la soledad, más vasta que la noche.
Debajo de tu máscara de carne,
tendida sobre tu cama y tus papeles
dentro del corazón, tan desbocado
por mujeres que no te conocieron.

La soledad es músculo del alma.
Bajo las peores lluvias navegabas
y el cuerpo resistía. Era hermoso

entrar por la ventana y despojarte
de tu armadura frágil (una tela de araña
a veces resiste más que las promesas).
Era bueno el fracaso, ir en su busca,
y decir está bien y reírse y no quejarse.

Eras el no ser de todas las muchachas:
ignoraban tu nombre y tu lenguaje.
Menos tu ciudad, tu novia, tu doncella.
Desnuda te recibía cada mañana.
Con su velamen pleno, la Catedral
desplegaba sus formas en la bruma.
Escapabas de clase y ascendías
para ser esas torres y mirar
con sus ojos de piedra.
Tatuabas, en lugares secretos
tus señales más hondas.
Te quedabas las horas frente a un muro
donde la ciudad, cartógrafa, trazaba
sus mapas de colores.
Tigre de veinte jaspes, el salitre
devoraba las huellas de los hombres.

Eran los tiempos castos del sediento.
Encapuchado el rostro,

ibas de jaula en jaula, doloroso
como antorcha sin aire.
El amor es difícil dentro y fuera.
Cuando no te querían, te ofrendabas
al hambre de la ciudad y sus sicarias.
El aura de los borrachos y los niños
te negaba los dones del desastre.

Te sentías infeliz y no lo eras.
Eres feliz ahora y es amargo
saber que Peter Parker
vive con una esposa
que lava su camisa y su disfraz heroico.
Ha muerto el Hombre Araña.
Fuiste el único fiel en el velorio.
No pretendas buscar al asesino:
la esquela que leíste
fue escrita con tu letra y con tu tinta.

Ahora te avergüenza
precisar del alcohol en las arterias
para enfrentar la calle. Sales de vez en cuando
y evitas –como el valiente sabio– la pelea.
Patrullas con temor las mismas calles
de una ciudad ajena.

No te duelan el café, los portafolios,
la ganada caricia
que te cierra la herida.
Debajo de la corbata está tu pecho
y en él las cicatrices tejidas por la araña.
Es otra tu forma de ser héroe.
Si lo dudas, perdido entre los otros,
y te crees expulsado de la altura,
reconoce los rostros de tus hembras:
son la calle, la noche, las estrellas,
claras hadas madrinas del oscuro.
Ellas no se han movido
ni dormirán, para velar tu sueño
si sabes ser fiel a sus fulgores
y aprendes a brillar para el muchacho
palpitante en tu carne,
portador de la máscara en la noche.

ELOGIO DEL VAMPIRO

Not to be touched without a glove.
Not to be approached without a mask.

NATHANIEL HAWTORNE

I

PARA qué perseguirlo,
clavarle una estaca de madera,
condenar de antemano su apetito,
lamentar su presencia en nuestra vida:
el Vampiro no pasa
si nosotros no abrimos la ventana.

Escucha su canción
no sólo desde el páramo o el bosque:
en el agua turquesa de los trópicos,
en los cuartos de hoteles,
en la tela de loro del mercado,
dondequiera que el hombre reconoce
el brillo de otro cuerpo y necesita
el marfil del Vampiro en su garganta.

Inocente, el Vampiro:
le decimos que es cruel cuando nos hiere,

e invocamos a Dios cuando el diluvio
que nuestra propia sangre ha conjurado
mantiene a la deriva hasta los muebles,
a pesar de las leyes y de Newton.

El Vampiro es tan bello
que el azogue se niega a reflejarlo.
Si su sombra te alcanza,
olvidarán tu nombre los espejos,
pero hallarás un eco en la hermosura
de quien has elegido como doble.

Quisiera amar la luz pero ya sabe
que el amor sabe a sombra perseguida,
al vahído final de los ahorcados,
a todo lo que termina en arrebato.

Ábrele tu ventana.
Cuando pruebes su vino,
sentirás que la vida se prolonga
y el agua de sus copas es de vidrio.
Acepta sus mentiras:
nunca estarás más vivo que en sus brazos.

II

Ahora es el turno de otra muerte:
todo cuanto te dio la vida
–el oasis fecundo del presente
donde todas las sedes se saciaban–
lo cobrará con creces la agonía
de saber que la muerte es un gran circo
de fieras que no dejan cicatrices.
Volverás a la vida mutilado:
tu sangre no será la recompensa.
Nadie sabrá que has sido el héroe
ni que mojaste pólvora en tu infierno.
No hay consuelo en saber
que ibas a caer desde el principio
en el vuelo en que eras más hermoso,
la manzana más plena del verano
–el Gusano Vampiro en sus entrañas.

III

Puede llamarse viento o quemadura
porque es la más perfecta de las formas
y a lenta perfección mata despacio.
Ahuyenta la razón.
Conjura al corazón
su vuelo en llamas,
sus pájaros a pique.
El ángel es Vampiro.
Para abrirse camino rompe y rasga,
prende, se aviva, crece, inflama
como perro que rabia sus amores.
Te harás veinte preguntas
y al final hallarás una respuesta:
el agua que bebiste
es este charco inmundo
que en nombre del Vampiro
creíste convertir en un oasis.

IV

La soledad, su gloria y su infortunio.
Es el Otro, el Ajeno, el Exiliado
y habla en un lenguaje incomprensible
para el que no ha probado sus colmillos.
El Vampiro no es hermoso a medias:
colecciona el fulgor de su artificio,
recolecta los brillos de hojalata,
luz que vence a la noche por instantes.

El Vampiro no piensa
pero triunfa de tu prudencia y tus cuidados.
Deja en tu escondite las defensas,
tus collares de ajos,
la plata con que quisiste amenazarlo.

Pero nunca lo olvides:
cuando te sientas pobre, oscuro;
cuando lo mires pulcro y elegante
mientras que tú te vistes de prestado;
cuando estés más sediento que el Vampiro;
cuando más te desprecies
por saber que lo envidias,
no olvides que está solo.

Besa muy lentamente sus retratos.
Despliégate en la noche.
En su látigo huele tu perfume.

V

Otros depredadores instintivos
–el pirata de más de siete mares,
las navajas veloces del milano,
el oso enloquecido de salmones,
el mercenario a sueldo–
exhiben el poder de su exterminio.
De todos, el Vampiro
es el más peligroso, por discreto.
Te sorprende y te mata,
hermoso como el tigre
armado hasta los dientes,
lujoso como la piel de la serpiente.

VI

Cuando el Vampiro vuelva por sus fueros,
conjura poderes semejantes
y acude al arsenal de tus heridas:
en el pecho te hundió la peor estaca
cuando tú combatiste con pureza.
Sólo entonces,
bajo tu estrella oscura,
embriagado en espumas rencorosas,
podrás sentir piedad del que regresa
a vivir de tu sangre.
Tarde o temprano se abrirá la trampa
y el Vampiro será polvo y olvido.

VII

Las dos terceras partes del cerebro
de los grandes escualos
las ocupa el sentido del olfato:
numerables legiones de la muerte,
una gota de sangre los excita
en el coto de caza que dominan.
Inútil ocultarse del Vampiro
cuando es el corazón plaza tomada
y lo vence un puñal de sinfonola
o el borracho que silba
en la noche sin nadie.

VIII

Y jamás le reproches su abandono.
Te mordió porque es bestia,
y su sed es la sed del mar vencido
que mitiga su rabia con naufragios;
su pasión, la del niño traicionado
porque el reino se pierde.
No pienses en que dijo "para siempre":
el huracán no deja un tronco entero
ni cambia sus azotes por caricias.
Si de algo te sirve, los vampiros
aman más a los fuertes y a los locos,
pero nada lo ata.
Dirás que nunca más, que ya no quieres.
El Vampiro es un vicio refinado
y esperará, paciente, tu retorno.

NO obstante las bocas de las fábricas, Azcapotzalco nació, esta mañana, luminoso. Las niñas en la parada del trolebús lavaban el día con sus canciones, su pelo lavado, sus uniformes. La transparencia del aire, promesa de una tarde plena, con esa excitación de niño en viernes a punto de perder y recobrar su cuerpo en el vértigo de la resbaladilla. El Ajusco realzó con su blancura nuestros rostros y la tarde fue un lento transcurrir de blandas horas, dinteles, alféizares, crepúsculos consumidos al fondo de la casa. Y a la salida del metro –el cotidiano descenso a nuestro Hades–, el periódico descifró el milagro del día: ni la instalación de los *Pershing II* en Alemania, ni el alza en los precios ocupaban la primera plana: se hablaba de la llegada anual de las primeras ballenas grises a las aguas de Baja California.

*

En ese lomo se leen cicatrices de varias geografías: los mares de Bering y Chouchki, los pinos esbeltos de Vancouver, el litoral de California. Es un viaje de diez mil kilómetros donde prospera el hambre mientras la

vida, necia e imparable, se gesta en ese vientre submarino. No se precisa ceremonia: la cólera del mar entre los médanos acompaña al alba. Antes de la canción de los primeros pájaros, antes de que la brisa empañe la piel pulida del agua, en Boca de la Soledad es día de fiesta: la primera ballena hace su arribo.

*

El capitán del *Don José* calcula que doscientas ballenas han entrado en Bahía Magdalena. Y quizá, mientras se consuman los nimios actos de cada día –resucitar en la taza de café, beber un vaso de agua, sonreír, creer en las palabras buenos días– que aquí recobran su magia primitiva, el ballenato nazca bajo la cubierta del barco. Se dice ballena y pensamos en los mapas, en monstruos con cabeza de dragón y el chorro en ondas que rinden homenaje al barroco. Salimos cuando el sol, tan leve, no calienta ni la superficie del agua. Ya en los botes, Ruthie nos muestra su sistema para no perder de vista a las ballenas, de acuerdo con las manecillas del reloj: las doce son el frente; las tres, el noreste; las seis, la retaguardia. De repente, el *There she blows* de los antiguos balleneros se transforma en una ballena a las doce, tres ballenas a las cuatro, madre y

ballenato a las siete. Sin metáforas, el aire se ocupa de cetáceos.

*

El primer chorro. Antes que en los ojos, en los oídos y, a riesgo de caer en obviedades, en el corazón. Resumen de la fuerza, coro de doce locomotoras al unísono, las ballenas grises de Bahía Magdalena emergen en las doce cifras del cuadrante y ojos, oídos, corazón abren sus puertas, se colman de esa energía donde parece concentrada la evolución entera. Y se descubre aquí un ojo, allá una aleta, el mugido, el lomo inmenso, el arqueo inverosímil de la columna para saber después que la ballena no es como aquella que nos pintaron en la infancia. Pero en Bahía Magdalena la satisfacción es –una de cal– que las realidades son superiores a los sueños.

*

Volvemos al barco por la tarde. Nos bañamos, sabiendo que el agua no puede borrar los crepúsculos vividos durante el día. Leemos libros donde se detallan los pasos de la ballena, la *eschrictius robustus*, al

sumergirse, y en silencio reímos por la distancia que existe entre esas páginas y la sabiduría de Laco, por quien vimos el abanico enorme –la cola de la ballena– hendir el aire. En la pantalla vemos imágenes de pájaros, dunas y ballenas, como si nuestra tecnología fuera capaz de aprisionar el vuelo, el salto, la lucha contra la muerte y su hermana el hambre. Después de la cena, los cigarros, los besos a la luz de la luna. En la serenidad de la noche, cuando en apariencia la lucha ha terminado, casi junto a nuestro lecho, como la arteria principal de nuestra galaxia, el resoplido. Arriba, parece que las estrellas temblaran y fueran a derrumbarse en la laguna.

*

El milagro ya es tan cotidiano, que nadie se asombra ante las apariciones. O quizás la vida consista en buscar nuevas formas del asombro, tras unos días de convivir con él y celebrarlo, serle fiel como la lengua, los dientes, la saliva, reciben con el mismo placer la fruta que trituran. El lomo de la ballena, mojado, inmenso como la mitad de un planeta, relumbra bajo el sol de mediodía. A su lado juguetea una escuela de delfines. Ella avanza lenta, majestuosa, y lanza sólo

de cuando en cuando su chorro a las alturas, segura de estar más cerca del cielo que sus perseguidores.

*

Noche de fiesta en Bahía Magdalena. Una guitarra sola, el palmeo, las caderas cimbreantes son igual a la reunión de todas las orquestas. Mañana partimos y la víspera reclama a toda costa la alegría, el desenfreno, el alcohol que llega –caliente, recto, puro– hasta el estómago y engaña al frío que aumenta conforme avanza la noche. Los amigos. El temblor en las voces conocidas y las que hacemos poco a poco nuestras. Si éste fuera el primer día, qué claridad de los futuros. De pronto, la necesidad de estar solo, de alejarse de la hoguera, las risas, la guitarra, y mirar hacia adentro de la noche. Bañada por la luz menguante, una ballena emerge detrás de su resuello. No hemos venido a conocerla: ella es la que desciende todos los años desde Alaska para que al mirarla recobremos la fe en las antiguas cosas cuyo sabor casi hemos olvidado.

*

Han traído a la ciudad un esqueleto de ballena y

lo han colocado junto a la plaza donde se levanta el templo.

Pieza por pieza lo han armado para perpetuar su memoria, y su sangre siga corriendo por la nuestra y su salto congele nuestro asombro.

Monumento de ella misma, catedral de su culto, por sus cavidades el mar es un óleo embravecido, un esmalte templado por lenguas de sirena.

A través de sus tímpanos se cuela un viento que antes ha pasado revista a la austera tropa de los cactus, soldados que no temen al fantasma de la sed.

En esta ciudad se vive de la ballena. En tiendas de vendedores del mar, se ofrecen sus reliquias, en trozos tallados de palo fierro. (Un indio seri eterniza una ballena con la misma pureza con que su antecesor la fijaba, con tierras rojizas, en la piedra.)

Se imprime la ballena en tazas que después habrán de acompañar el desayuno, o llaveros para la diaria aventura por las entrañas del otro Leviatán.

A través de esos objetos, el viajero intenta conservar al gran animal entrevisto en la bahía, cuando el chorro de vapor suspenso en el aire, detuvo el corazón y le limpió los ojos. Por la noche, el mar murmurará en su oído su secreto: sólo se queda aquello que tatúa de las pupilas hacia adentro.

Hay una hora en la que bajan las cortinas y cesa el comercio entre las ballenas y los hombres.

Duerme la ciudad, pero nunca la ballena.

Se ha metido al interior de la alcoba. Hay otro ámbar gris que se diluye en ese lenguaje raras veces pactado entre la mano que adopta el nombre de la araña y tus íntimos túneles donde se han despeñado los mineros. A veces me asalta en el grano de sal donde cesa tu espalda y se disyuntan los senderos.

Todo en la ciudad duerme. Sólo sueña la ballena. En su vientre cabe un hombre llamado Jonás, que iluminó su vientre con una luz que no fecunda pero guía a otras criaturas en la sombra; hay lugar para un niño de madera nacido de la conjunción de un viejo juguetero y una estrella; se busca lugar para la mesa donde comen, duermen y juegan –a la espera del héroe– los compañeros de aventura del barón de Munchausen; se alínean los arpones del *Pequod* y de los otros grandes balleneros.

La ballena sueña con la sed de Ahab, tensa como la de un amante, imposible como la del borracho que no puede decir basta.

Inevitable y sobrada, la ballena.

*

Revive una forma en mi memoria: la ballena que emerge, respira, se arquea. A punto de mirarla por entero, la imagen se desvanece. Estamos en La Paz, en un hotel por cuyas ventanas entra un jardín salvaje. Entre la frescura de las sábanas, vuelve a mis pies el calor de las dunas, los muros esculpidos por el viento, el brillo intolerable de la espuma al fondo de montañas de un oro fino y silencioso. Por la ventana, la última línea del crepúsculo a flor de tu piel pulida donde también parecen haberse desvelado todos los vientos y las aguas. Miraré a través de otras ventanas la forma de los cerros y estarás dormida, como ahora, entre mis brazos. En ese vaivén entre el sueño y la vigilia, volverá la línea que ondula, se quiebra, estalla en un resoplido caliente, salvaje y espumoso. Como a veces la vida.

Índice

PRÓLOGO 9

TRIBU

RETRATO 25
RAZONES DEL SAMURAI 27
I 28
II 30
III 31
IV 32
V 33
VI 34
VII 35
VIII 36
IX 37
X 38
XI 39
XII 40
CONJUNTO DE LESIONES 41
LUZ DE MAYO 45
PRELUDIO PARA VENCER EL MARTES 13 49

INCENDIOS

EPIGRAMAS PARA LA DESAMADA
1 53
2 54
3 55
4 56
5 57
6 58
7 59
8 60
9 61
10 62
11 63
12 64
13 65
14 66
15 67
16 68
17 69
18 70
MAR ABIERTO 71
PRELUDIO PARA DESNUDAR A UNA MUJER 76
HISTORIA DEL FARERO 78
ROSTRO PROHIBIDO DE LA LUNA 80
PERFUME DEL NAUFRAGIO 82
EL CAIRO EN TU ANTEBRAZO 85
NO, MISS ILSA 86
EN AUSENCIA DE ANÍBAL EGEA 90

EL CUADERNO DE ANÍBAL EGEA 98
SEPARACIÓN 100
INICIACIÓN 110
RETORNO 121
GRAFITIS EN EL BAR DE ESTIBADORES 131

CALLES

ELOGIO DE LA CALLE 137
PASAJE ZÓCALO-PINO SUÁREZ 139
CINE MÁXIMO 142
CALLE NUESTRA 144
PERSHING SQUARE 145
LA ARMADA INVENCIBLE 147
HOTEL IVANHOE 150
CITADELLE 152
VIEJO CENTRO 154
RITUAL DEL NAVEGANTE 156
LA DIOSA Y LOS VÁNDALOS 157
JABONCITO DE HOTEL 159
LA MUCHACHA DE AL LADO 160
TRENES EN LA NOCHE 162

MESTER

VENCER A LA BLANCURA 167
SEÑORA
I (LA MIRADA) 177
II (LA POESÍA) 178

III (LOS POETAS) 179
DISECCIÓN DEL OTOÑO 182
INSCRIPCIÓN EN MÍKONOS 184
RITUAL DE PASO 185
DOMINGO 189
AL PIE DE LA ESTATUA DE FRAY ALONSO DE LA VERACRUZ 191

MITOLOGÍAS

SPIDER MAN BLUES 195
ELOGIO DEL VAMPIRO
I 199
II 201
III 202
IV 203
V 205
VI 206
VII 207
VIII 208
BAHÍA MAGDALENA 209

ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 2000

LA CRUZ DEL SUR • ANTOLOGÍAS

ANDRÉS TRAPIELLO
Poemas escogidos

JAVIER SOLOGUREN
Vida continua (nueva antología)

MARIÀ MANENT
Poesía catalana contemporánea

DARÍO JARAMILLO
Aunque es de noche

VICENTE QUIRARTE
Como a veces la vida

ISBN 84-8191-326-X